

CONQUISTA ESPACIO

PUERTAS AL INFINITO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

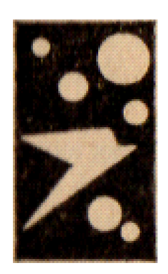
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

712 – Los malditos seres de Gogon, *Ralph Barby*.
713 – La caída del dios Urdung, *Ralph Barby*.
714 – Desertores del futuro, *Clark Carrados*.
715 – 10, satélite de castigo, *Ralph Barby*.
716 – Agonía de un planeta, *Ralph Barby*.

CLARK CARRADOS

PUERTAS AL INFINITO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 717
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 22.946 - 1984

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: agosto, 1984
1ª edición en América: febrero, 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPITULO PRIMERO

El hombre corría desesperadamente, tratando de salvar su vida, pero sabiendo en lo más íntimo de su corazón que tarde o temprano sería alcanzado. De cuando en cuando, jadeante, cubierto de sudor de los pies a la cabeza, se volvía para tratar de ver a sus perseguidores.

Estaban allí, formando un amplio semicírculo de oscuros uniformes, que se cerraba lenta e inexorablemente. Estimaba que no había cometido ningún delito, pero otros pensaban de forma diametralmente opuesta y habían decidido que sus acciones merecían un severo castigo.

Se preguntó si podría encontrar algún escondite que le permitiese pasar desapercibido y eludir así la persecución de que era objeto. Eran sólo deseos, en aquella vasta llanura, donde su silueta destacaba con absoluta nitidez, no había siquiera un pedrusco tras el cual ocultarse.

Siguió corriendo. Sus perseguidores mantenían constantemente la misma distancia. Parecían incansables.

Estaban entrenados para ello. No cejarían en su empeño, hasta que no le hubiesen puesto la mano encima.

Y entonces... ¿Qué castigo le aplicarían?

¿Encierro para toda la vida? ¿Acondicionamiento mental, reduciéndole a estado de vegetal con aspecto de ser humano, capaz solamente de atender a las mínimas necesidades?

Giró un poco a su izquierda y los perseguidores parecieron echársele encima, por lo que se desvió en sentido contrario. Otra barrera de uniformes oscuros le cortó el paso, empujándole irremediablemente en la dirección que había seguido primitivamente. Entonces, vio que la llanura iniciaba una suave pendiente y aceleró el paso.

De pronto, vio una especie de vaguada, con algunos árboles. Allí tal vez podría ocultarse...

Aceleró el paso, aunque ya sentía dolor en los costados y necesitaba aire para los pulmones. Corrió por la vaguada a largas zancadas y divisó unos espesos arbustos entre dos árboles de frondosa copa.

—Sí, allí, allí...

Repentinamente, divisó algo muy extraño.

La atmósfera parecía agitarse ligeramente en un determinado espacio de trazado vertical y forma rectangular. Las cosas se veían turbias al otro lado, como si en aquel lugar hubiese un cristal polvoriento.

El hombre se dirigió directamente hacia aquel punto. Sus perseguidores parecían haberse perdido de vista. Debajo de los arbustos se sentiría seguro.

Llegó al lugar donde parecía haber un cristal sucio y pasó al otro lado. Entonces, ocurrió algo asombroso.

El paisaje había sufrido una total transformación. Donde antes pisaban fresca hierba y veía azules montañas a lo lejos, ahora sólo había una vasta extensión de terreno árido y reseco, con algunos matorrales que parecían tener grandes dificultades para subsistir.

A lo lejos se divisaban rocosos murallones de piedra, que se elevaban centenares de metros sobre aquella inhóspita llanura. El hombre, pasmado, estupefacto, se preguntó dónde estaba.

¿Soñaba? ¿Le habían hecho prisionero y padecía una pesadilla en su celda?

La temperatura era muy elevada, pero soportable. Desconcertado, estuvo unos momentos inmóvil, sin saber qué hacer. Al cabo de un rato, se convenció de que estaba despierto y que lo que le sucedía era real y no fruto de un sueño.

Entonces descubrió a lo lejos una línea oscura. Parecía una gran grieta que cruzase oblicuamente la llanura. El tono más oscuro se debía al verdor de los vegetales que crecían allí.

Y donde había vegetales, había también agua... Y el agua significaba la vida.

Enderezando los hombros, echó a andar. No entendía muy bien lo que había sucedido, pero sabía una cosa con exactitud, había esquivado a sus perseguidores.

Volvía a ser un hombre libre, se dijo con orgullo.

A menos de cien metros de distancia, el hombre que había dirigido la persecución levantó el brazo izquierdo y acerco a sus labios lo que parecía un reloj de pulsera.

—Habla Dallagh —dijo—. El fugitivo ha hecho exactamente lo que esperábamos de él.

— ¿Qué número ha utilizado? —preguntó alguien desde un lugar invisible.

—Seis, señor.

—Está bien. ¿Hay posibilidades de su regreso?

—Ninguna, señor. ¿Alguna orden más?

—Ninguna. El... incidente se da por terminado. Archívelo bajo la cifra, las cifras clave S.P.044. Eso es todo.

—Bien, señor.

El hombre que había dirigido la persecución se llamaba Arkus Dallagh. En las hombreras de su uniforme se veían los tres círculos concéntricos que indicaban su graduación de coronel. Dallagh hizo un amplio movimiento con el brazo.

— ¡Misión concluida! ¡A casa! —ordenó.

*

Al capitán Robur Kettoe le habían encargado buscar a una persona desapareada tiempo atrás y, a pesar de las indagaciones realizadas, no lograba dar con su paradero. Conocía su nombre, había estado con su esposa, pero la mujer no podía darle más detalles. Se había marchado de su casa tres semanas antes, sin dar la menor explicación y, desde entonces, no había vuelto a tener noticias suyas.

A Kettoe le gustaba ayudar a la gente en la medida de lo posible. Pero después de haber visto y hablado con la señora Baylin, estaba seguro de que su esposo había hecho lo que cientos de esposos en todas las épocas. «Sobre todo, desde que se descubrió el placer de fumar», pensó.

El señor Baylin, cierto da, habría dicho a su esposa:

—Me he quedado sin cigarrillos, querida. Voy a la tienda de la esquina a comprar un paquete.

Y ya no había vuelto a casa.

Pero, en fía había sido una desaparición denunciada oficialmente y su deber era agotar todos los recursos antes de cerrar el caso.

Había estado en todos los lugares que Baylin acostumbrada a frecuentar, sin el menor resultado. Ya sólo le quedaba un recurso. Le repugnaba tener que hacerlo, pero no tenía ya otro remedio.

Por fortuna, disponía del número de identificación personal de Baylin. Sentado ante su ordenador personal, tecleó las cifras que le habían sido asignadas al desaparecido desde su nacimiento: 044.B.I.T.21.5577.000019.Y.52. Aquel grupo de cifras y letras seguía al individuo desde el nacimiento hasta la muerte y más allá, si en ocasiones, y después de haber fallecido, se necesitaban datos suyos.

A los pocos instantes, apareció la respuesta en la pantalla:

BAYLIN, TRUDDO.
JOHN Y JEAN, padres.
NACIMIENTO: 02.11.2.441.
PROFESION: GRADUADO PSICOLOGIA, CATEDRA COLEGIO 185.

Todo lo cual significaba que Baylin era hijo de John y Jean, que había nacido cuarenta y siete años antes y que era profesor de psicología en el colegio superior número 185.

Siguió leyendo:

CASADO EN 15.05.66 con FERTH, MARTHA ROSA.
SIN HUOS. RESIDE EN 28a. AV. 4522, N.° VIDEOFONO 54-

LL-449123.

La información cesó en este punto. Kettoe frunció el ceño y pulsó la tecla de DATOS INSUFICIENTES: COMPLETE INFORMACION.

La respuesta le llegó en segundos:

CASO S.P.044. INFORMACION NO AUTORIZADA. CONSULTE PERSONAL COMPETENTE EN OFICINA NUMERO DOS.

Kettoe maldijo entre dientes. ¿Qué diablos podía haber hecho Baylin para que un oficial de Policía no pudiera saberlo?

Por otra parte, la oficina número 2 era una de las más importantes del departamento y se encargaba siempre de cabos difíciles, delicados y que requerían un mínimo de publicidad, cuando no secreto absoluto.

Podía hacer la consulta por el mismo ordenador, pero prefirió acudir en persona.

*

Tuvo que esperar un buen rato. El jefe de la oficina número 2 era el coronel Dallagh y Kettoe sabía que era persona de importancia dentro de la organización. Kettoe conocía sus vínculos con el Secretario de Orden y sabía también que era la mano derecha del encargado de velar por el cumplimiento de las leyes.

Pero Kettoe era también un hombre tenaz y estaba dispuesto a averiguar al máximo de detalles sobre Baylin. A fin de cuentas, su esposa había denunciado la desaparición y teda derecho a saber lo que le había sucedido. Hubiera sido distinto en caso de divorcio o separación legal, pero seguían casados y saber qué había sido de su marido era algo que no se podía negar a una ciudadana.

Dallagh le recibió al fin Era un hombre alto, seco, estirado, de ojos acerados y cabellos grises, ásperos como cerdas de cepillo. Pero el tono de su voz era amable y cortés.

—Siéntese, capitán. Le ruego me disculpe el retraso en recibirle, pero tenía un exceso de trabajo... En fin, puede imaginarse fácilmente. —Sonrió—. Estoy por completo a su disposición —añadió.

—Señor, la ciudadana Martha Rosa Baylin me pidió investigase la desaparición de su esposo, Truddo Baylin. Puesto que contaba con su cifra de identificación personal y tras haber agotado otras posibilidades, hice una consulta al ordenador general. La respuesta que se trata de una información que no se puede facilitar sin autorización superior. Es el caso S.P.044.

—Ah, conozco el caso —murmuró Dallagh pensativamente—.

Bien, capitán… —Vaciló un poco—. Lo siento mucho, no puedo facilitarle esa información.

Las cejas de Kettoe se alzaron.

—Me atrevo a preguntarle los motivos, señor —dijo.

—Es… información altamente confidencial. Puede decir a la señora Baylin que su esposo se encuentra en perfecto estado de salud. El Estado cuidará de sus necesidades. El sueldo de su esposo le será abonado puntualmente. Es todo cuanto puedo decirle.

Kettoe contuvo una respuesta impertinente. Dallagh ya no le diría nada más.

— ¿Se… trata de un crimen de Estado?

Los ojos de Dallagh despidieron chispas que a Kettoe le parecieron dardos de acero.

—Capitán, es usted todavía muy joven. Llegará un día en que comprenda que ciertos asuntos han de ser tratados con el máximo rigor y en absoluto secreto. Por el momento, repito, me es imposible facilitarle más detalles. Hable con la denunciante y repítale lo que he dicho.

—Sí, señor.

Kettoe comprendió que la entrevista había terminado y se dispuso a abandonar el despacho. Saludó y dio media vuelta.

Dallagh le llamó inesperadamente.

— ¿Capitán?

Kettoe giró en redondo.

—Señor…

—No se lo tome tan a pecho. Baylin era un individuo muy peligroso. Bueno, es, porque todavía vive, pero su conducta resultaba altamente perniciosa para la sociedad actual. Eso debe tranquilizarle, espero.

—Sí, señor.

—Y, otra cosa: se trata de un asunto de máximo secreto. Olvídelo.

Kettoe asintió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

«Sólo soy un minúsculo engranaje en una maquinaria monstruosa», pensó desalentadamente.

Saludó de nuevo y salió.

Estaba seguro, sin embargo, de una cosa: b señora Baylin no sentirla demasiado la ausencia de su esposo. Sobre todo, si se pensaba que cobraría su sueldo integro, mientras él estuviese en…

¿En una cárcel secreta?

CAPITULO II

Cuando llegó a su oficina, vio encendida la luz de llamada del ordenador personal. Dio el contacto y fijó la vista en la pantalla.

Había un mensaje un tanto extraño, aunque no precisamente malo:

SE LE CONCEDEN TRES SEMANAS DE VACACIONES. TRASPASE MANDO A SU SEGUNDO.

Nada más. Kettoe se encogió de hombros.

—Eso me pasa por meter las narices donde no me importa —masculló.

Pero, ¿qué otra cosa podía haber hecho? ¿No era su obligación atender las denuncias de los ciudadanos?

Media hora después, abandonaba el despacho. Sesenta minutos más tarde, había informado a la señora Baylin de lo que sabía acerca de su esposo, dulcificando, sin embargo, la noticia, al decide que estaba en una misión secreta del gobierno y que percibiría puntualmente sus emolumentos. La mujer, tal como había esperado, no se sintió demasiado afectada.

Incluso trató de invitarle a tomar el té, invitación que Kettoe rechazó con el máximo de cortesía posible. Ella le pasaba veinte años al menos y se veía claramente que era una mujer insatisfecha en ciertos aspectos. Kettoe no se sentía de humor para iniciar una aventura y, tras agradecer la cortesía de la señora Baylin, se retiró, dispuesto a iniciar las tres semanas de vacaciones que alguien le había concedido no sólo sin solicitarlo, sino sin corresponderle reglamentariamente.

Cuando salió a la calle, era de noche. Pensó en utilizar su aeromóvil, pero tenía ganas de caminar un poco, a fin de aclarar sus ideas, y echó a andar sin rumbo fijo. Un poco más adelante, divisó a una mujer apoyada negligentemente, en la esquina de un edificio.

—Se siente frustrado, ¿eh, capitán Kettoe?

El policía se volvió vivamente. Ella era muy joven, no más de veintidós años, rubia, con el pelo suelto y largo, y vestía una simple blusa, sin mangas, pantalones cortos y ajustados y zapatos con tacones de ocho centímetros. Del hombro izquierdo le colaba un pequeño bolso de cuero oscuro.

—Me conoce usted —dijo él.

—Sí, le conozco —admitió la chica.

—Y sabe que me siento frustrado...

—Porque le encomendaron buscar al profesor Baylin y no ha

podido dar con él.

Kettoe apretó los labios.

— ¿Puedo preguntarle, señora, qué interés tiene usted en ese caso?

—Capitán, ¿ha oído hablar alguna vez de las puertas prohibidas?

Kettoe se puso rígido.

—Sí, algo he oído...

La joven se irguió súbitamente.

—Creo que hay unos ojos que nos miran con recelo —dijo—. Volveremos a vernos, capitán.

Ella dio media vuelta y se perdió en la oscuridad de un portal. Kettoe, desconcertado, giró la cabeza para mirar a todas partes, aunque no vio nada sospechoso.

¿O sí? ¿Qué eran aquellas dos sombras en el lado opuesto de la ancha avenida? ¿Espías? ¿De quién?

Las sombras desaparecieron bruscamente. Cada vez más perplejo, Kettoe permaneció unos momentos sin saber qué hacer.

De pronto, decidió que no merecía la pena seguir preocupándose del asunto. Tenía que descargar la mente de preocupaciones.

—Ese condenado profesor Baylin ha estado a punto de volverme loco — rezongó.

Pero no le agradaba la idea de quedarse solo aquella noche. Recordó alguien que podía hacerle compañía, chasqueó los dedos alegremente y caminó en busca de su aeromóvil. La distancia era grande; si iba a pie, tardaría toda la noche en llegar a su destino.

*

La puerta se abrió. Una hermosa mujer se apartó con la mano el largo mechón de cabellos oscuros que cubrían su ojo derecho y sonrió al reconocer a su visitante.

Nunca esperé que un oficial de Policía viniera a pedirme consejo personalmente —dijo Lyanna Tarrit.

— ¿Marcha bien el negocio? —preguntó Kettoe sonriendo.

—No puedo quejarme —contestó ella—. Anda, pasa y tomaremos una copa juntos. Luego me contarás tus problemas.

— ¿Lo has adivinado?

— ¿Estarías aquí si no los tuvieras?

Lyanna le hizo pasar a una vasta habitación, en la que se podía ver toda una batería de pantallas de televisión que ocupaban por completo uno de los muros. Había algunas encendidas y en ellas se podía contemplar hermosas mujeres, que realizaban sensuales movimientos, vistiéndose y desvistiéndose con calculada lentitud a fin de mostrar sus innegables encantos.

En cada una de las pantallas encendidas había una serie de cifras

que indicaban el número videofónico de la mujer en ella representada. Otras pantallas estaban apagadas y Kettoe sabía lo que ello significaba.

Dos pantallas se encendieron con cortos intervalos. En el ángulo superior aparecieron sendos círculos verdes, a la vez que en el ángulo opuesto surgían las cifras del videófono de cada una de ellas las mujeres.

—Dos más esperan clientes, ¿eh? —sonrió.

Lyanna le tendió una copa.

—Es un buen negocio —dijo.

—Y no tienes que hacer grandes gastos, manteniendo enormes salones y un buen número de reservados para los clientes.

—Demasiado lo sabes. El cliente me llama y yo proyecto en su videófono las imágenes de las chicas que tengo contratadas. El elige la que más le gusta, se pone en contacto directo con ella, charlan, se confiesan los gustos y aficiones preferidos...

—Y luego cobras tu comisión.

Lyanna hizo un gesto aprobatorio.

—Mi oficina está legalizada — respondió.

—Lo sé. El nombre oficial es Agencia de Relaciones Agradables, ¿no es así?

—Se me ocurrió hace tiempo, después de luchar duramente con el mismo negocia pero... en persona, y como has dicho antes, con salones y reservados. Esto es mucho mejor y a las chicas también les conviene, porque así no tienen que aguantar tipos estúpidos y pegajosos. Pero, en fin, ¿para qué seguir hablando de algo que sabes tan bien como yo? ¿Cuál es tu problema?

—Tengo presión en la mente. Necesito aliviarla.

Lyanna se echó a reír.

—Quieres apoyar la cabeza en mi regazo y dejar que yo te consuele, ¿verdad?

—Si no hay objeción...

Lyanna dejó la copa a un lado y, acercándose al teclado de control, pulsó una tecla.

—Ahora está en «Automático». Todo funcionará sin que yo tenga necesidad de intervenir. Ven y cuéntame tus problemas...

Una hora más tarde, Lyanna, terriblemente sobresaltada, se sentó en el lecho y miró estupefacta al hombre que tenía a su lado.

—Pero, ¿cómo? ¿No sabes aún lo que son las puertas prohibidas? —exclamó.

—Bueno, algo he oído hablar, aunque no demasiado. Me figuro que es un eufemismo que cubre la prohibición de acceso a determinados lugares, permitidos solamente a personas de alto rango o muy cualificadas. Yo sólo soy un humilde oficial de Policía.

—Con grado de capitán.

—Merced a una computadora que examinó mis cualidades y mi futuro profesional, esto último con un elevado porcentaje de fiabilidad en su diagnóstico.

—La computadora no se equivocó —dijo Lyanna—. Pero volvamos a las puertas prohibidas. ¿Has oído hablar alguna vez de mundos contrapuestos o antitéticos, pero paralelos al nuestro?

—No demasiado. Me parece una interesante teoría de la ciencia espaciotemporal, en lo cual no estoy muy versado, si he de ser sincero.

—Yo tampoco, pero ya veo que he oído más que tú. Esas puertas, cuyo emplazamiento sólo conocen unos pocos elegidos, sirven para viajar instantáneamente a otros planetas, situados tal vez a cientos de años luz del nuestro, en el plano físico normal, pero en un ámbito espaciotemporal que les permite hallarse junto al nuestro de tal manera, que casi podría decirse que forman un solo planeta.

Kettoe sacudió la cabeza.

—Eso no puede ser —dijo.

—Puede... que no pueda ser, pero «es» —aseguró Lyanna firmemente—. El caso es que esas puertas, sus mecanismos y sus procedimientos de utilización están en manos de unos pocos elegidos. Sólo te puedo decir eso..., aparte de que, según tengo entendido, fueron inventadas por un científico del que hace mucho tiempo no se tienen noticias, el profesor Mwague. ¿Has oído hablar alguna vez de él?

—No, nunca.

Lyanna sonrió conmiserativamente.

—Eres todavía demasiado joven para saber algunas cosas...

—No soy un chiquillo — alegó él, sacando el pecho—. Tengo treinta y dos años.

—Y yo tengo treinta y siete. Tu edad física es de unos veintitrés años y la mía de veintinueve o treinta, pero, a veces, me parece haber nacido hace un siglo. He visto demasiadas cosas, Robur — dijo ella melancólicamente.

—Bien, pero estábamos hablando de las puertas prohibidas...

—Ya te he dicho todo lo que sé. Y si quieres un consejo, olvídate de esas puertas. Progresarás y llegarás muy alto en la carrera, a menos que quieras meter la nariz dónde no debes.

—Es decir, he de resignarme a ignorar algo que puede resultar muy importante para que yo logre encontrar a un hombre desaparecido.

—Si te han dicho que no sigas adelante, obedece y calla. Es la mejor táctica que puedes adoptar. ¿Otra copa, Robur? —ofreció Lyanna.

—No —rechazó él—. Ya he oído bastante. Gracias por todo.

Kettoe iba a marcharse, pero ella le retuvo por un brazo.

—Aguarda un poco, no tanta prisa —dijo, con una brillante sonrisa—. ¿Vas a decirme que sólo viniste para saber qué eran las puertas prohibidas?

Kettoe la miró fijamente durante un segundo. Lyanna era una mujer muy hermosa, con innumerables atractivos, pero, de repente, sin saber por qué, había perdido ya todo deseo.

—Sí, sólo vine para eso —se despidió.

¿Era posible, se preguntó, mientras bajaba en el ascensor, que en pleno siglo XXV hubiese algo que todavía se prohibía a los ciudadanos, como si éstos fuesen chiquillos de poca edad, a los que se debía proteger de perversas tentaciones?

Por lo visto, era así y, de repente, se sintió atacado por la irresistible comezón de averiguar a fondo qué eran las puertas prohibidas.

¿Cuántas eran? ¿Cómo se utilizaban? ¿Dónde estaban?

Eran preguntas para las cuales no tenía respuesta en aquellos momentos. Sin embargo, se dijo, si había alguien que podía despejar sus dudas.

En cuanto llegó a su casa, conectó el ordenador personal y formuló una consulta:

DESEO CONOCER MAXIMO DE DATOS SOBRE PROFESOR M WAGUE.

La respuesta llegó en segundos:

INFORMACION RESERVADA. NO PROCEDE CONSULTA.

Sin saber por qué. Kettoe se echó a reír.

—Ahora os empiezo a comprender —dijo.

*

Para despejar su mente, se marchó unos días de vacaciones al campo solamente con una tienda individual de campaña y un equipo mínima Realizó largas marchas, escaló algunas montañas, sin demasiadas dificultades, nadó largos ratos en un lago y. diez días más tarde, regresó, cansado, pero en excelente forma física y dispuesto a hacer algo para solucionar un misterio que le preocupaba notablemente.

Volvía al atardecer en el aeromóvil. Poco después, salió a comprar algunas cosas que le faltaban. Cuando regresaba a su casa, vio a una

mujer apoyada en la pared, con aspecto negligente.

Ella se tocaba con una enorme peluca roja, tenía un dado pintado en la mejilla izquierda y vestía una blusa de estridente color naranja, con falda negra, abierta por el costado izquierdo hasta la cintura. Kettoe sabía que era una indumentaria muy antigua, que hada furor en determinada clase de personas.

La mujer también tenía algo que Kettoe creía desterrado o poco menos: un cigarrillo.

— ¿Me das fuego, buen mozo? —solicitó ella.

Entonces, Kettoe vio en su pecho, sobre el seno izquierdo, un disco dorado con una cifra: 100. Parpadeó asombrado.

— ¿Ese número... significa el importe de tus «servidos»?

Ella asintió.

—En mi casa o a domicilio —contestó, hablando con un lado de la boca—. A menos que la puerta de tu casa esté prohibida... a las mujeres.

Kettoe se puso rígido. La mujer le parecía conocida y le miraba de una forma especial.

—La puerta de mi casa no está prohibida a ninguna persona de mi agrado y tú lo eres —dijo él.

—Entonces, vamos allá, buen mozo.

Momentos después, entraban en el apartamento. Kettoe dejó los paquetes sobre una mesa.

—Puedes quitarte la peluca —indicó—. También me gustaría conocer tu nombre.

Ella lo hizo así. Luego sacudió sus largos cabellos rubios.

—La prostitución es algo que ningún gobierno de la tierra ha conseguido proscribir jamás de una forma absoluta —dijo—. Y nadie se suele meter con una prostituta. El aspecto y la cifra de honorarios profesionales es poco menos que un pasaporte que permite llegar a sitios inimaginables.

—Pero, ¿lo haces realmente o sólo lo simulas?

—Es ficción, simplemente. Ah, me llamo Thesia Harl.

—Encantado, Thesia ¿Qué quieres tomar?

Ella se echó a reír.

—Si yo fuese una profesional auténtica, ¿qué me ofrecerías? Robur

Kettoe llenó dos copas. Thesia se sentó desenvueltamente en un diván y cruzó las piernas.

—Así que no sabes qué son las puertas prohibidas, ¿eh? —dijo.

CAPITULO III

Kettoe permaneció en silencio, aguardando a que fuese ella quien reanudase la charla Tras una breve pausa. Thesia continuó: —Como puedes comprender, alguien, antes que el descubridor, había aventurado ya teorías e hipótesis sobre mundos paralelos, situados en otra dimensión de nuestra Galaxia A esos mundos se puede llegar mediante astronaves que tengan generadores hiperespaciales, pero el viaje, aun siendo breve, resulta demasiado largo. La invención de las puertas que permiten la transición desde nuestro planeta a uno situado en otra dimensión, demostró la certeza de tales teorías. El paso, por tanto, se hace con tanta rapidez y simplicidad como lo harías tú de una habitación a otra de tu casa.

—Ahora lo entiendo, aunque me siento incapaz de comprender el funcionamiento de esas puertas —dijo Kettoe—. Pero, ¿cuántas son? ¿Dónde están?

—Respecto a la primera pregunta, podría decirte que el número de las puertas es muy elevado, tantas, como planetas se encuentran en otra dimensión y cada uno de ellos en una dimensión distinta a la de otro y, consiguientemente, a la de la Tierra. En cuanto a la segunda pregunta, si bien yo conozco el emplazamiento de dos o tres puertas, los lugares donde están situadas las restantes es algo que sólo saben muy contadas personas y. por supuesto, situadas en puestos elevados del gobierno.

Kettoe pensó inmediatamente en el coronel Dallagh.

—Creo que te entiendo —murmuró—. Ahora bien, ¿por qué están prohibidas?

—Es algo difícil de explicar, aunque, por otra parte, se comprende fácilmente. El gobierno actual no quiere que se utilicen dichas puertas. Tiene, como sabes, el monopolio de los transportes espaciales. ¿Qué sucedería si se pudiera viajar a otros mundos sin necesidad de astronaves?

— ¿Sólo por eso lo hace? —se asombró el joven—. Yo creía que el primer deber de un gobierno es procurar el bienestar de sus ciudadanos.

Thesia soltó una risita.

—Este gobierno no lo entiende así. Lo que piensan sus miembros, es decir, los que están implicados en el asunto, es que su primer deber es procurarse el beneficio propio. Y, de paso, eliminar a ciudadanos molestos, que tienen las desagradables costumbres de pensar de forma distinta a la oficial.

— ¿Significa eso que el gobierno emplea las puertas para desterrar

a sus enemigos políticos?

—Así es —confirmó la joven.

—Bueno, pero, ¿qué puedo hacer yo? Sólo soy un simple oficial de Policía. ¿Puedo luchar contra la maquinaria del gobierno? ¿Tendría éxito si tratase de conseguir el uso público y sin restricciones de esas puertas?

—Yo no te pido que hagas nada que no te dicte tu conciencia. Estuviste buscando a un tal Truddo Baylin. Lo acorralaron hasta hacerle llegar a una de las puertas, que atravesó, para pasar a otro planeta, del que, por desgracia, ya no volverá.

— ¿Cómo se comprende eso? Una puerta tiene siempre dos direcciones, Thesia.

—Las actuales, no —contradijo ella—. Ignoro qué es lo que falla, pro sé que el profesor Mwague, su inventor, no ha conseguido dar aún con la solución del problema.

—Estará trabajando en ello, ¿no?

—Yo dina más bien que no, Robur. El gobierno lo ha escondido en alguna parte y, a pesar de todos nuestros esfuerzos, no hemos conseguido dar con su paradero.

—Bueno, dar con esa solución, opino, debe de ser cuestión solamente de papel y lápiz. Aunque lo encerrasen en una celda, podría escribir en las paredes...

—El profesor tendría que hacer antes experimentos con puertas de pequeñas dimensiones y en espacios reducidos. Estaba trabajando en ello, en su laboratorio particular, cuando fue secuestrado y trasladado a algún lugar desconocido. Es todo lo que te puedo decir.

— ¿Crees que él es el único que tiene la solución del problema?

—Por ahora, si. En este aspecto, es insustituible.

Kettoe se frotó la mandíbula con aire pensativo.

—Thesia, empiezo a sospechar que formas parte de un grupo de conspiradores que... opinan de forma distinta al gobierno y que tratan de arreglar las cosas, al menos, en este aspecto. ¿Me equivoco?

Ella sonrió sibilinamente.

—Puedes estar seguro de que no te diré nombres —respondió—. Y si me arrestases...

—Estoy de vacaciones forzosas —alegó él tristemente.

— ¿Lo lamentas?

Kettoe meditó unos instantes. Luego alzó la cabeza y minó rectamente a su huésped.

— ¿Cómo podría encontrar al profesor Mwague?

Thesia sonrió ligeramente.

—Empieza por hablar con Rupert van Krijns. Era su ayudante y un hombre de reconocida competencia en ese campo científico — repuso.

Kettoe repitió el nombre.

—Y después de que haya hablado con Van Krijns, ¿cómo podré hacerlo contigo?

Ella se puso en pie y colgó del hombro su bolso.

—Ya lo sabrás —dijo, evasiva.

—Un momento —pidió él— Tengo el dinero suficiente para pagar lo que marca ese disco...

—Es sólo un ardid, no lo tomes como algo... oficial.

—Lástima —suspiré Kettoe.

Thesia se echó a reír.

—Te deseo mucha suerte —dijo finalmente.

*

Una consulta a la computadora, al día siguiente, le hizo conocer sin dificultad la residencia del ayudante de Mwague. Pidió ampliación de detalles y ordenó conexión con el ordenador de su aeromóvil, a fin de programar el viaje y hacerlo sin necesidad de utilizar el mando manual.

Al cabo de unos minutos, estaba listo para partir Subió a la terraza del edificio, entró en el aparato y pulsó el mando de arranque.

El aeromóvil se elevó y, guiado por el ordenador de a bordo, tomó bien pronto el rumbo, la altura y la velocidad convenientes. Van Krijns vivía en las afueras de la ciudad. Debía de ser un hombre de recursos; una residencia en el campo no estaba al alcance de cualquiera.

Media hora más tarde, avistó la casa del ayudante, en un lugar muy agradable, rodeado de frondosos árboles y con una piscina que parecía el remanso de un río y que era, en realidad, d resultado de la habilidad de su constructor. Había también una explanada para aeromóviles y, tras desconectar el piloto automático y tomar el mando manual, se dispuso a aterrizar.

Momentos después, saltaba al suelo. En el lugar reinaba un silencio absoluto. Van Krijns, supuso, debía de estar muy ocupado en algún trabajo. Se preguntó cuál sería su reacción al recibir a un visitante inesperado.

Cuando avanzaba hacia la entrada de la casa, divisó a cierta distancia otro aeromóvil, semioculto entre los árboles. Sin darle mayor importancia al hecho, llegó a la puerta y golpeó con los nudillos.

La puerta se abrió por sí sola y giró lentamente. Kettoe asomó la cabeza.

—Señor Van Krijns —llamó.

En la casa no se percibía el menor sonido. Arriesgándose a una reprimenda del dueño, terminó de abrir y entró en el amplio

vestíbulo.

Al fondo, divisó una puerta entreabierta. Avanzó unos cuantos pasos más y entonces vio unos pies en el suelo.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. Empujó ligeramente la puerta y se detuvo en seco, al ver el cuerpo caído, con la cabeza retorcida en un ángulo grotesco.

El rostro del hombre tendido en el suelo casi se miraba la espalda. Kettoe comprendió que alguien se lo había retorcido brutalmente, un hombre poseedor de una fuerza descomunal. Pero, ¿por qué asesinar a Van Krijns? ¿A quién le había hecho daño un hombre que debía de haber sido de natural apacible y nada dado a (a violencia?

Van Krijns se hallaba en lo que parecía un cuarto de trabajo. Encima de una mesa. Kettoe divisó algunos papeles revueltos. Estaba claro: el asesino había buscado algún tipo de documentación. No se trataba de un ladrón vulgar, precisamente.

Durante unos minutos, permaneció indeciso, sin saber qué partido tomar. Si avisaba a la Policía tendría que justificar su estancia en la casa. Sería sometido a un interrogatorio de rutina, pero se llegaría a saber que jamás había tenido la menor relación con Van Krijns. Eso haría entrar en sospechas a... ¿a quién?

Repentinamente, vio movimiento en el exterior.

Había dos hombres junto a su aeromóvil. Kettoe se precipitó hacia la ventana y la abrió de golpe.

—Eh, ¿qué hacen ustedes...?

No tuvo tiempo de completar la frase. Los dos hombres echaron a correr, separándose en direcciones opuestas. Kettoe comprendió que, de este modo, trataban de distraer su atención. Podría alcanzar a uno, pero el otro se escaparía y...

Vaciló y ello le resultó perjudicial, porque perdió un tiempo precioso. Sin embargo, saltando a través de la ventana, corrió hacia su aparato. Uno de los sospechosos se dirigía hacia el aeromóvil situado entre los árboles. Y, además, lo conocía.

Era un sujeto gigantesco, de ciento cuarenta kilos de peso y dueño de una fuerza muscular indescriptible. Aunque nunca se había podido probar nada, se rumoreaba que el coronel Dallagh tenía un hombre fiel que le hada los trabajos sucios, el que llevaba a cabo misiones que no tenían carácter oficial y que contravenían abiertamente las leyes, pero que al mismo tiempo, le permitían obtener resultados fructuosos, lo que fe había llevado a escalar en poco tiempo un puesto tan elevado.

Guddo Scháeff se había sometido a denos tratamientos, que le habían hecho ganar no sólo estatura y peso, sino también potencia física. Naturalmente, había una base para ello: cuando inició tales tratamientos, ya pesaba noventa y ocho kilos y medía un metro y

noventa y cinco centímetros. Ahora era un gigante de dos metros y veintitrés centímetros, dentó cuarenta kilos de peso y con la fuerza suficiente para levantar media tonelada sin demasiadas dificultades.

Aquél, sin duda, era el asesino de Van Krijns. A Scháeff le había resultado terriblemente fácil retorcerle el cuello como si fuese un pollito. Pero Kettoe no estaba dispuesto a dejarle escapar. Aunque estaba en vacaciones, seguía siendo un policía y su deber era arrestar al criminal.

Scháeff, sin embargo, consiguió ganar su aeromóvil y elevarse antes de que el joven pudiera alcanzarlo. Kettoe, entonces, dio media vuelta y corrió hacia su aparato. Cuando ya despegaba, vio otro que se elevaba desde un punto opuesto al del primero.

Se preguntó por qué, tenían que haber dos hombres a la casa de Van Krijns. Pero su interés estaba centrado en alcanzar a Scháeff. Era un policía y no podía consentir que escapara impune después de haber asesinado a una persona.

Scháeff aceleró al máximo, ascendiendo casi verticalmente, con toda la potencia de sus generadores. Kettoe se situó a su zaga, sin poder alcanzarle por el momento. Los dos aparatos eran exactamente iguales y tenían la misma potencia, pero el de Scháeff tenía cima desventaja, debía transportar casi sesenta kilos más de peso y ello a la larga, se notaría El aparato perseguido alcanzó muy pronto los cinco mil metros de altura y continuó su ascensión. Kettoe se dio cuenta de que ya le iba a los alcances, pero cuando menos lo esperaba, notó que el motor se detenía bruscamente.

El aeromóvil perdió potencia en el acto. Durante unos segundos, se mantuvo inmóvil en el aire. Luego empezó a caer.

Por un instante, Kettoe miró hacia abajo. Algo había fallado en el motor, no cabía duda, pero la tierra estaba a cinco mil quinientos metros de distancia.

Sin embargo no se apuró. El aeromóvil disponía de asiento eyector. Alargó la mano y presionó la tecla correspondiente.

No ocurrió nada. Kettoe continuó a bordo de un aparato que había perdido la sustentación y que se precipitaba hacia el suelo con creciente velocidad.

*

En una fracción de segundo, comprendió lo ocurrido. Alguien había manipulado los controles de su aparato, mientras él estaba en el interior de la casa de Van Krijns. Tenía que ser un hombre muy hábil, evidentemente, porque no sólo había conseguido averiar el motor, sino desconectar también el mando del asiento eyector que le habría permitido salvarse.

El aeromóvil descendía ahora en una trayectoria vertical. Kettoe se resignó a lo inevitable.

Una extraña tranquilidad se apoderó de su espíritu. No sentiría dolor en el instante suprema Sólo un ruido atronador y luego silencia...

Inesperadamente, otro aeromóvil se situó junto al suyo, a menos de un metro de distancia Los dos aparatos descendían a la misma velocidad y Kettoe se dijo que ya era casualidad que otro aeromóvil estuviera cayendo al mismo tiempo que el suyo.

Instintivamente, volvió la vista hacia el aeromóvil que tenia al lado. Sus ojos se dilataron por la sorpresa al reconocer a Thesia.

Ella le hizo señas con la mano, a la vez que abría la portezuela de su lado. Kettoe no desaprovechó la ocasión. Abrió la escotilla, se puso en píe en el borde y luego saltó.

Entró en la cabina de cabeza y, durante unos segundos, permaneció con los pies por alto, forcejeando para recobrar la posición normal. Cuando, al fin lo consiguió, dijo: — ¿Se permite dar un beso a la mujer que me ha salvado la vida?

Thesia le miró de un modo singular.

—No lo estabas pasando bien, ¿verdad?

—Figúrate. Pero, ¿qué hadas tú...?

—Te seguía —contestó ella simplemente.

— ¿Por qué?

Thesia había hecho que el aeromóvil se desviase un tanto de la trayectoria de descenso y ahora estaba recuperando, para volver a un vuelo normal. De pronto, lanzó una exclamación.

— ¡Robur, mira!

El joven alargó el cuello. Su aparato descendía como una piedra. Otro pasaba por debajo en aquellos momentos.

No había más aeromóviles en las inmediaciones. Por el rumbo que seguía el otro aparato, Kettoe dedujo que estaba tripulado por el acompañante de Scháeff.

El piloto no se había dado cuenta de nada. Kettoe pensó más tarde que ni siquiera había llegado a enterarse de lo que le pasaba.

Su aeromóvil chocó contra el otro brutalmente. Hubo un tremendo relámpago y luego, un sinnúmero de fragmentos de metal se dispersaron por el espacio y empezaron a caer al suelo.

Kettoe se quedó anonadado. De no haber sido por Thesia, ahora él podría estar reducido a trocitos irreconocibles.

Era una impresión demasiado fuerte y, durante unos momentos, no acertó a reaccionar. De pronto, oyó la voz de la joven:

—Abre la portezuela de tu lado, Robur.

El joven obedeció maquinalmente. Ella añadió:

—Lo siento, pero no quiero que me sigas por ahora. Ya volveremos

a encontramos.

Y antes de que Kettoe pudiera adivinar sus intenciones. Thesia hizo voltear el aparato y él se sintió lanzado al vacío.

Pero a cuatro metros de distancia estaban las aguas de un caudaloso río.

CAPITULO IV

Tenía la absoluta convicción de que el asesinato de Van Krijns no había sido casual, sino algo plenamente deliberado. Ahora bien, ¿cómo habla podido suceder tan oportunamente?

Parecía como si alguien hubiera sabido que iba a hablar con el científico. Pero en su casa no tenía instalados aparatos de escucha.

¿O sí?

Durante horas enteras, estuvo revisando el apartamento a conciencia, hasta tener la convicción de que no había nada que permitiese a otros saber lo que sucedía en su interior. Descorazonado, se dijo que no podía hacer nada... excepto tratar de averiguar cómo se había enterado Scháeff de que iba a visitar a Van Krijns.

«Quizá había un medio», pensó. Y, sin dudarlo, salió de su casa y se encaminó a la jefatura.

La secretaría de Dallagh le recibió amablemente.

—El coronel no está, señor. Pero volverá pronto; está en conferencia con el ministro de Orden.

— ¿Wheller?

— ¿Hay otro, señor? —rió la mujer—. Capitán, si quiere, puede aguardar al coronel en su despacho. Estará más cómo do... y usted es de confianza.

Kettoe sonrió. Ella era una mujer que rozaba ya los cuarenta años, pero muy agradable y con una Figura rebosante de atractivos.

—Si estuviéramos a solas usted y yo, ¿diría lo mismo su marido?

—Tendría que preguntárselo a él... en el otro mundo, capitán.

— ¿Viuda?

—Desapareció y se le dio por muerto oficialmente. Ah, me llamo Ulla Ritter.

—Gracias, Ulla.

Kettoe entró en el despacho. Dallagh llegó minutos más tarde y se sorprendió al verle.

—Creí que estaba de vacaciones, capitán —dijo secamente.

—Sí, señor, pero fui testigo presencial de un asesinato y estimo mi deber...

—Conozco el caso, capitán, y he ordenado una amplia investigación. Cuando el encargado de esa investigación lo estime conveniente, se le llamará a declarar.

—Pero, señor...

—Eso es todo, capitán.

Kettoe contuvo la ira que se apoderaba de su ánimo. La violencia, siquiera verbal, no resolvería nada.

El ataque frontal resultaría un fracaso. Era preciso atacar de flanco y de pronto, creyó conocer la forma de conseguirlo.

—Gracias por haber accedido a recibirme, señor —se despidió.

En el antedespacho miró a Ulla.

—Sospecho que sigue pensando en que soy de confianza —dijo.

—Absoluta —contestó ella sin pestañear.

—Entonces, supongo que no tendría inconveniente en invitarme a cenar en su casa, sabiendo de que se sentiría tan segura como si recibiese a su... hermano.

—Avenida 94, dos mil setecientos quince, 33 E.

— ¿Siete treinta?

—Sí... hermanito —rió Ulla.

*

Estaba tendido en el lecho, con las manos bajo la nuca y la mirada fija en el techo. Ulla, sin la menor prenda de ropa sobre su cuerpo exuberante, se inclinó sobre él.

—Te veo muy pensativo, Robur.

—Estoy un poco preocupado, pero no es cosa de importancia.

— ¿Cuestión de trabajo?

—Algo por el estilo.

—Los informes sobre los oficiales pasan por mis manos. Tienes una buena reputación.

—Gracias, encanto.

—Pero, sin duda, hay algún caso que se te resiste.

Kettoe hizo una mueca.

—No tiene importancia—repitió.

—Vamos, cuéntame Yo sé muchas cosas. Podría ayudarte...

—Es que tu jefe se enfadaría si supiera...

—Si no se lo decimos, no se enterará, Robur.

—Verás..., me encargaron buscar a un tipo desaparecido, un tal Baylin. Fui a ver a Dallagh y me dijo que se trataba de información altamente confidencial y que se lo comunicara así a su esposa.

Ulla se mordió los labios.

—Un hombre desaparecido, ¿eh? —murmuró—. Lo mismo que mi esposo, pero a éste le dieron por muerto oficialmente.

—Baylin está vivo, aunque en lugar desconocido. Sin embargo, supongo que Dallagh conoce su paradero. Creo que tendrá algún archivo secreto, donde guarde documentos que sólo él puede leer y que ni siquiera pasaran por tus manos.

—Un archivo secreto — murmuró Ulla.

—Algo por el estilo, ¿no crees?

Ulla guardó silencio unos instantes.

Luego dijo:

—Robur, tú me has caído simpático y por eso estamos donde estamos. Pero yo quería muchísimo a mi marido y sentí enormemente su muerte.

—Desaparición — corrigió él.

—Como quieras. No había motivos para que le sucediera nada..., y empiezo a pensar que Dallagh tuvo algo que ver con el asunto. Le pedí más de una vez que hiciera buscar a su marido, pero él contestaba siempre con evasivas, hasta que un día me dio un informe en el que se le declaraba oficialmente muerto.

— ¿Sabes si tu esposo tomaba parte en alguna conspiración contra el gobierno? ¿Pensaba tal vez que las cosas no marchaban como debieran? En el plano político, por supuesto.

—Si —dijo Ulla vivamente—. El decía que había que cambiar muchas cosas, que estábamos encaminándonos hacia una tiranía... Cierta noche, me dijo que iba a reunirse con unos amigos, compañeros de curso. Yo sabía que no era todavía el momento, porque no había llegado aún la fecha del aniversario de graduación, pero no quise objetarle nada, para no obligarle a darme explicaciones. Salió de casa... y no volvió más.

—Lo mismo que Baylin. ¿Hace mucho tiempo, Ulla?

—Tres años —suspiró ella.

—Dallagh tuvo mucho que ver con la desaparición de tu marido. Pero estas cosas no se hacen sin llevar un registro de nombres, fechas, lugares... Un registro supersecreto, naturalmente. Si pudiéramos llegar hasta ese registro o archivo, como quieras llamarla...

—Aguarda un momento, Robur. Creo que sé dónde puede estar ese archivo.

Kettoe se sentó de golpe en la cama,

¿De veras? —exclamó.

Hace mucho tiempo, entré en su despacho y él no estaba. Pero había entrado no hacia siquiera un cuarto de hora, y el despacho no tiene otra salida. Dispone de un lavabo particular, claro, sin salida tampoco. Le dejé unos papeles sobre la mesa y me marché. Luego me llamó y me dijo que nunca volviera a entrar sin llamar y que si no contestaba, que esperase todo el tiempo que fuese posible.

—Eso... —dijo Kettoe con el ceño fruncido—, puede significar la existencia de un cuarto secreto.

—Es lo que opino, aunque hasta ahora no lo había dicho a nadie, Robur —confesó Ulla—. No le di importancia, pero ahora veo que sí la tiene.

— ¡Claro que la tiene! —dijo Kettoe, muy excitado—. Si pudiéramos llegar hasta ese cuarto... Pero tendría que hacerse en un momento que él no estuviera presente.

Ulla sonrió sibilinamente.

—Yo conozco la forma de ir a su despacho cuando él no esté y sin levantar sospechas —afirmó.

Alargó los brazos y rodeó el cuello de Kettoe, a la vez que buscaba sus labios apasionadamente.

—Pero no vamos a ir ahora misma claro —agregó.

—Eso puede esperar… hasta mañana.

—Por la noche, Robur.

Kettoe iba a decir que se mostraba conforme con la decisión de su ardiente anfitriona, pero los labios de Ulla, pegándose a los suyos, le impidieron seguir hablando.

*

Estaba sentada en el diván, con las piernas cruzadas, y le miró críticamente al verle entrar en el apartamento.

—La noche ha sido movidita, ¿eh? —dijo Thesia irónicamente.

—No puedo quejarme —contestó él—. Pero, ¿tienes autoridad para juzgar mis actos?

—Evidentemente, no. Sin embargo, puedo criticarte.

—Oh, s, eres libre de hacerlo. Nadie te lo va a impedir —respondió él con cáustico acento—. ¿En qué puedo servirte? —añadió.

Thesia se puso en pie de pronto.

—Si tanto te molesta mi presencia en tu casa…

Kettoe la agarró por un brazo y la empujó hacia el diván de nuevo.

—Siéntate; vamos a dejar de lado los asuntos personales —dijo con aspereza—. Esto es algo más importante de lo que parece y si yo he pasado la noche fuera, a ti no te interesa en absoluto. A mí tampoco me interesa tu vida privada, ¿comprendes?

— No te enojes. Pensé que sabrías resistir una broma —contestó ella mansamente.

—La noche ha sido movida, en efecto, pero he obtenido beneficios, ¿Has conseguido tú algo?

—Sí Dos informaciones. Una se refiere al tipo del aeromóvil.

— ¿Sabes quién era?

—Gruud Vinco, un tipo perteneciente al grupo especial de Schäeff. El gigante es un tipo que apenas si sabe manejar un destornillador. En cambia Vinco podía hacer maravillas con un metro de cable y dos pilas de voltio y medio.

—Entonces, fue él quien manipuló los controles de mi aparato.

—Tuvo que hacerla ya que Schäeff no hubiera sabido. En cambio a Schäeff sí se le da muy bien retorcer pescuezos, cosas por el estilo.

—Ya no cabe la menor duda aunque en el pecado llevó a penitencia, como suele decirse. ¿Cuál es la segunda información?

Los ojos de Thesia brillaron.
—Sé dónde está el profesor Mwague —declaró.
— ¿Hablas en serio?
—Por completo. ¿Cuándo te parece que vayamos a verlo, Robur?
Kettoe se pellizcó el labio inferior.
—Hay algo que me gustaría saber antes de hablar con el profesor —dijo.
— ¿Sí? ¿Qué es?
—Dallagh tiene unos archivos secretos. Quiero echarles un vistazo.
Thesia respingó.
—Pero, Robur, llegar a ese sitio debe de ser muy difícil —exclamó.
—No tanto, cuando se dispone del guía competente, que puede conducirte sin dificultades.
—Ah, tienes un guía...
—Así es. La propia secretaria personal de Dallagh.
Thesia le miró de reojo.
— ¿Cómo lo has conseguido?
Kettoe se echó aliento en las uñas y se las frotó contra la pechera de su camisa.
—Hay cosas que un caballero no debe mencionar por discreción —respondió, displicente.
—Perdona, no quería entrar en detalles... escabrosos.
—Oh, no tiene importancia. Sin embargo, ya has crecido lo suficiente para darte cuenta de ciertos aspectos de la vida, ¿verdad?
—Sí, desde luego, y no te preocupes; soy muy comprensiva con las flaquezas ajenas.
— ¿Y con las propias?
—Soy muy rígida. Robur.
— ¿Nunca flaqueas?
Ella se mordió los labios.
—Procuro ser fuerte —dijo.
—Pero, alguna vez, te sientes débil...
—Una dama debe ser discreta con ciertos aspectos de su vida privada —dijo ella, remedando una frase anterior del joven.
—Soy muy comprensivo con las flaquezas femeninas —rió Kettoe.
Thesia se echó a reír también.
—De acuerdo, lo has hecho porque querías llegar a los archivos secretos de Dallagh. ¿Qué esperas encontrar allí?
—Hay cosas que no siempre se guardan en la memoria humana y necesitan ser registradas en documentos, cintas grabadas... El caso Baylin me apasiona, Thesia. Y, probablemente, habrá muchos más casos similares... Todo ello se deriva de la prohibición de utilizar ciertas puertas, ¿entiendes?
—Te entiendo perfectamente. ¿Puedo hacerte una observación,

Robur?

—Por supuesto.

—Me gustaría ir contigo a la noche..., dondequiera que estén los archivos secretos de Dallagh.

—No hay objeción.

Thesia se puso en pie.

—Vendré después de cenar —dijo.

De pronto, vio que él hacia un gesto de preocupación.

— ¿Qué te sucede ahora? — preguntó.

—Estaba pensando... Cuando entré en la Policía, prometí defender las leyes...

—Una ley no puede estar jamás en contra de la moral ni ser promulgada por el capricho de una o varias personas, que la dictan a su conveniencia —contestó ella solemnemente— Tú defiendes algo mejor que una ley injusta; la dignidad humana. Y eso es lo que verdaderamente importa, Robur.

—Sí, supongo que tienes razón, pero me veo convertido en un simple ciudadano... o tal vez en un preso condenado a cadena perpetua —dijo Kettoe melancólicamente.

—Escucha, si no te sientes decidido, olvidaremos todo. Yo seguiré adelante...

— ¡No! Iremos, pase lo que pase —exclamó el joven resueltamente —. Pero debemos desear un poco de suerte, ¿no te parece?

Thesia sonrió.

—La tendremos. Robur —se despidió.

CAPITULO V

Ulla Ritter arrugó la nariz al ver aparecer a Kettoe acompañado de una hermosa muchacha.

—Creí que vendrías solo —dijo.

Kettoe estaba ya preparado para la respuesta, de acuerdo con la propia Thesia

—Es mi hermana —mintió—. Thesia te presento a una buena amiga, Ulla Ritter.

— ¿Qué tal? — dijo la joven.

—Hola —respondió la otra secamente—. Bien, si es tu hermana, debemos confiar en ella. Seguidme, por favor.

Ulla echó a andar y los dos jóvenes caminaron tras ella hacia la puertecita situada en la parte posterior del edificio. La secretaría sacó una llavecita del seno y la introdujo en la cerradura.

—Esta puerta nunca se utiliza —se volvió hacia sus acompañantes —. Es una antigua salida de emergencia en desuso. Ahora hay otras vías de escape en el edificio, aparte de que los riesgos de incendio o catástrofe han disminuido hasta ser prácticamente inexistentes.

Kettoe no hizo ningún comentario. Ulla terminó de abrir, cruzó el umbral y avanzó un par de pasos, deteniéndose sobre una plataforma metálica de unos dos metros de lado.

—El montacargas nos llevará directamente a la planta donde está el despacho de Dallagh —informó—. Hay escaleras, pero no las utilizaremos, claro.

Pulsó el botón y el suelo se elevó silenciosamente. Treinta segundos después, Ulla abrió una segunda puerta y entonces se encontraron en su propio antedespacho.

—El propio Dallagh me enseñó este camino hace algunos meses. Dijo que tenía que recibir una visita importante y que no quería que nadie viese a esa persona, excepto yo.

—¿La viste? —preguntó Kettoe ingenuamente.

Ulla soltó una risita.

—Iba encapuchada... de la cabeza a los pies, y llevaba, incluso, lentes oscuros bajo las gafas. Debía de ser una mujer muy bonita.

—Nunca me hubiera imaginado que Dallagh pudiese tener une aventura —comentó el joven—. Tan rígido, tan serio...

—Es un hombre. Robur —respondió Ulla intencionadamente.

Momentos después, pasaban al despacho de Dallagh. Era una pieza muy amplia y Kettoe miró a todas partes, como si quisiera encontrar la habitación secreta donde Dallagh guardaba informes absolutamente reservados.

Sobre la mesa, había una tablita con dos filas de botones. Presionó uno al azar e, inmediatamente, se encendió una panada en una de las paredes.

La figura de Dallagh, rodeado de papeles, apareció inmediatamente a la vista de todos los presentes.

—Querida, tengo un trabajo ímprobo... No, no podré ir esta noche... De veras lo siento; el deber es lo primero... Nada me gustaría más que estar a tu lado, pero debes ser comprensiva...

Kettoe tenía la boca abierta.

—Pero, ¿qué está diciendo ese hombre? —exclamó.

Ulla soltó una risita.

—Es una grabación preparada para cuando se queda aquí a recibir visitas especiales —explicó—. Tiene una mujer que es una verdadera fiera. Algunos dicen que es una suerte que Dallagh sea nuestro jefe; si lo fuera su esposa, el departamento se convertiría en un infierno.

—Vaya con el gran hombre —dijo Thesia irónicamente—. De modo que su mujer lo tiene bajo su bota, ¿eh? ¿No le espera tras la puerta, con un rodillo de amasar en la mano, cuando vuelve a deshoras?

—No me he atrevido a preguntárselo —contestó Ulla riendo.

Ajeno al breve diálogo entre las dos mujeres, Kettoe seguía inspeccionando las hileras de botones, sin atreverse a tocar ninguno, temeroso de provocar un incidente que pudiera dar al traste con sus proyectos. De pronto, vio algo extraño en la tablita sobre la que se tallaban los controles.

En uno de sus ángulos había dos finísimas rayas, perpendiculares entre sí, formando un rectángulo mucho más pequeño, veinte veces menor que la tabla en donde estaban asentados los botones. El color era asimismo ligeramente distinto, pero resultaba difícil de apreciar a primera vista. Sólo un examen detenido permitía apreciar la diferencia.

Kettoe supuso que aquel diminuto rectángulo tenía un objeto. No sabía cuál, pero estaba dispuesto a averiguarla Sin vacilar, apoyó el índice y presionó con fuerza hacia abajo.

Thesia estaba frente a él y lanzó un grito, a la vez que extendía la mano hacia un punto situado a sus espaldas:

— ¡Mira, Robur!

Kettoe se volvió. Un lienzo entero de pared se descorría silenciosamente a un lado, dejando una abertura suficiente para que dos personas pudieran pasar al mismo tiempo sin dificultades.

Era una puerta secreta y se detuvo en seguida. Entonces, Kettoe pudo contemplar un espectáculo asombroso.

*

La habitación que había al otro lado era enorme. Medía doce metros de largo, por ocho de anchura y dos de sus paredes, de cuatro metros de altura, estaban llenos de pantallas de televisión, situadas en largas hileras, la más baja de las cuales quedaba a medio metro del suelo. La más alta rozaba el techo y Kettoe se acercó a la consola y examinó sus mandos un instante.

Al lado había un grueso libro, con índice alfabético, cuyas páginas estaban repletas de anotaciones manuscritas. Por curiosidad, buscó la letra K y leyó su indicativo personal de videófono, al que se había agregado las siglas T.V.

— ¿Qué diablos será esto? — preguntó.

Las dos mujeres le contemplaban expectantemente. Kettoe marcó su número de videófono y agregó las dos letras. Una pantalla se encendió en el acto y, atónito, pudo contemplar la sala de su apartamento.

—Está vista desde el televisor —exclamó.

El color de la imagen era rosado fuerte, aunque no rojizo del todo. Kettoe se preguntó a qué se debía tal peculiaridad.

—Ya lo sé —dijo Thesia de pronto.

Kettoe volvió la cabeza.

— ¿Sí?

—La luz piloto de control. Es de color rojo. Detrás, estoy segura, está el objetivo de una cámara conectada con este cuarto. Por tanto, Dallagh controla nuestros actos siempre que le parece conveniente.

—Pero esa lámpara permanece apagada cuando no se utiliza el televisor — alegó el joven.

— ¿Lo tienes encendido ahora?

Era una pregunta sin réplica. Kettoe se sintió invadido por una terrible cólera.

—De modo que ese miserable ha estado espiándonos en iodo momento, cada vez que le apetecía...

Thesia señaló el grueso libro de anotaciones.

— ¿Te espiaba a ti solo? Ahí tienes una enorme cantidad de personas que han estado sometidas a su vigilancia y no hablemos de las grabaciones de que debe disponer y que, seguramente, están almacenadas en un banco de datos muy particular. Además, y si lo que sospecho es cierto, Dallagh puede espiar impunemente a cualquier ciudadano que tenga un televisor en su casa. ¿Quién no tiene hoy día un televisor, con su luz piloto de color rojo?

—Increíble — murmuró el joven—. Jamás me hubiera imaginado algo tan fantástico ni tan denigrante...

De súbito, acometido por un impulso irrefrenable, agarró d libro y lo levantó sobre su cabeza, dispuesto a arrojarlo contra la pantalla en

la que aparecía su casa.

—Le aconsejo que no lo haga, capitán —sonó de pronto una fría voz en la entrada.

Todavía con el libro en alto, Kettoe se volvió y fijó la vista en el hombre que se hallaba en el umbral, flanqueado por dos guardias, uno de los cuales era el gigantesco Scháeff. Thesia se puso rígida. A media voz, dijo: —Tu amiga nos ha traicionada Robur.

Kettoe hinchó el pecho. Ulla había desaparecido. Se preguntó si la secretaría no les había llevado deliberadamente a aquella encerrona.

Pero ahora ya conocían el más importante secreto de Dallagh. Y el jefe de la oficina número dos no les permitiría que lo revelasen...

*

Lentamente, dejó el libro sobre la consola.

—Coronel...

—Ha cometido usted una falta gravísima, capitán —dijo Dallagh —. Se le concedieron tres semanas de vacaciones...

—Para apartarme del caso Baylin.

—La seguridad del Estado así lo exigía Usted ha violado todas las normas imaginables y, como puede comprender, debe recibir el castigo consiguiente.

— ¿Pena de muerte, coronel?

Dallagh sonrió irónicamente.

—No somas tan sanguinarios, capitán. Simplemente, quitamos de en medio a los adversarios molestos.

—Tal vez me envíe a un centro médico particular, para un lavado de cerebro.

—Tampoco. Usted, y la dama que le acompaña, por supuesto, seguirán viviendo, en la plenitud de sus facultades físicas y mentales. Nadie les causará el menor daño, puedo asegurarlo.

— ¡Las puertas prohibidas! —adivinó Thesia.

—Exactamente, mi querida señorita. Atravesarán una de esas puertas y ya no volverán a ser vistos jamás. Ignoramos qué hay al otro lado pero eso ya lo averiguaran ustedes.

—Mwague inventó ese procedimiento para viajar rápidamente. Ustedes lo han utilizado en provecho propio, en lugar de hacer que se beneficie la humanidad entera —acusó la joven.

—Lo hacemos en beneficio del Estado —arguyó Dallagh.

— ¿O en beneficio de su propio bolsillo? Si las puertas instantáneas se popularizasen, la inmensa mayoría de los viajes espaciales en astronave resultarían inútiles —dijo Kettoe.

—Y como los viajes espaciales son monopolio del Estado, resulta obvio que no puede renunciar a esos beneficios.

—Habría que ver adónde va a parar el dinero de los transportes por el espacio. Un buen chorro de billetes irá a su cuenta privada, ¿verdad? Y no hablemos de la cuenta del primer ministro K'Kort, del ministro de Orden...

—Eso es algo que no tiene interés para ustedes, —Dallagh miró a la muchacha—. Señorita, sabemos que existe un grupo de personas que conspiran contra el actual gobierno. Usted forma parte de ese grupo, pero no tema, no la vamos a someter a interrogatorio para que nos diga los nombres de esas personas. Conocemos alguno y ya averiguaremos el resto.

—Todas son personas que quieren acabar con la corrupción...

—Palabras, palabras —dijo Dallagh cínicamente—. En fin, ya que andaban buscando las puertas prohibidas, al menos conocerán una de ellas.

Kettoe se dijo que debía hacer algo para evitar la suerte que les aguardaba.

— ¿Piensa llevarnos a la fuerza, coronel?

—Tengo la suficiente —respondió el aludido.

Scháeff avanzó unos pasos.

— ¿Lo duda, capitán?

Kettoe le miró desdeñosamente.

—Usted pudo quebrar el cuello de Van Rijns, pero cualquiera podría hacerla Conmigo no le resultaría tan fácil.

—Si quiere, probamos...

—Creo que su fuerza es más bien cuestión de fama que algo real. Y si no, ¿por qué no hace una demostración? Rompa ese libro, si de veras es tan fuerte como asegura.

Y antes de que el sorprendido Scháeff pudiera adivinar sus intenciones. Kettoe le lanzó el grueso libro de registro.

El gigante lo atrapó al vuelo. Luego sonrió.

—Conque no puedo romperla ¿eh? Ahora verá, capitán.

— ¡Na eso no, idiota! —gritó Dallagh.

Pero ya era tarde. Agarrándolo con ambas manos, Scháeff partió el libro por la mitad, sin apenas esfuerzo. Kettoe se echó a reír al ver el color rojo que había aparecido de pronto en el rostro de Dallagh.

Pero su gesto tenía otro objetivo. Las manos de Scháeff estaban todavía ocupadas, sosteniendo ambas mitades del libro, cuando, sin previo aviso, disparó sucesivamente los dos pies contra las rodillas del gigante.

Se oyó un atroz rugido. Scháeff empezó a saltar convulsivamente, enloquecido por el dolor. Kettoe sabía que, físicamente, podía derrotar a los otros dos.

Pero no había contado con el segundo de los guardias. Este sacó una pistola y disparó dos veces rápidamente.

Eran descargas anestésicas y surtieron efecto en cuestión de segundos. Kettoe y Thesia se desplomaron al suelo sin sentido muy pronto.

CAPITULO VI

Despertaron horas más tarde, sin saber en los primeros momentos dónde se hallaban. Al cabo de unos momentos, Kettoe sintió que se disipaban los efectos del narcótico y se sentó en el suelo Entonces, notó que estaba al aire libre y que era de día. El sol luda en lo alto. Soplaba una fresca brisa y en el cielo se movían perezosamente algunas nubes blancas.

Sacudió la cabeza. Poco a poco se encontró mejor. A su lado. Thesia empezaba a moverse.

La joven abrió los ojos instantes más tarde.

— ¿Dónde estamos, Robur?

—En las inmediaciones de una de las puertas instantáneas, señorita — contestó alguien.

Kettoe volvió la cabeza. Sonriendo irónicamente, Dallagh permanecía a unos pasos de distancia, acompañado de varios nombres de uniforme Scháeff no estaba con el grupo.

—Tuvieron que llevárselo al hospital —explicó Dallagh—. Usted le rompió unos cuantos huesos, pero no se preocupe; en menos de una semana, con los sistemas actuales de soldadura de huesos, estará como nuevo.

—Lástima no haberle roto el cuello, como hizo él con Van Rijns — gruñó Kettoe.

—Entonces, ¿por qué apuntó a las rodillas? —se burló el coronel.

—Basta ya —cortó Thesia—. ¿Qué piensa hacer con nosotros, miserable?

—Lo sabrán muy pronto. Pónganse en pie, por favor.

Kettoe se incorporó y tendió la mano para ayudar a la muchacha a levantarse. Sereno, ocultando sus temores bajo una capa de impasibilidad, miró a Dallagh.

— ¿Coronel?

Dallagh se volvió ligeramente, para señalar un cajón que había a poca distancia

—Hay en esa jaula un tigre de Forbor II. Son muy parecidos a los terrestres, aunque algo más pequeños de tamaño. Sin embargo, poseen una curiosa peculiaridad: son enormemente veloces. Pueden alcanzar hasta doscientos kilómetros a la hora en su carrera de caza y mueven las garras con tal velocidad, que casi resultan invisibles. Algunos dicen que parecen las aspas de un ventilador, pero el caso es que la presa atacada no tiene posibilidad alguna de salvación.

— ¿Quiere disfrutar viendo cómo nos mata esa fiera? —preguntó Kettoe.

—Si se mueven con rapidez, el tigre forboriano no les alcanzará. Les daré treinta segundos de ventaja; serán más que suficientes. Pero procuren no tropezar ni perder un solo segundo. He calculado las distancias casi milimétricamente y puedo asegurarles que alcanzarán la salvación, si actúan como les conviene.

—Coronel, ¿no se le ha ocurrido nunca hacer correr a su mujer delante de uno de esos garitos? —preguntó Kettoe burlonamente.

Dallagh enrojeció.

—No te interesan mis asuntos privados —repuso con sequedad.

Thesia dio un codazo al joven.

—Calla y no digas más. Tenemos que pasar la puerta —dijo en voz baja—. Luego...

— ¿Están listos? —exclamó el coronel.

— ¿Dónde está la puerta? — inquirió Kettoe.

Dallagh señaló un punto situado a sus espaldas.

—Allí —indicó—. A doscientos cincuenta metros de distancia, entre aquellos dos álamos. Vean la piedra blanca que hay más cerca; señala la distancia de cincuenta metros a la puerta. Cuando lleguen allí, soltaremos el tigre. No pierdan un segundo o ya no podrán atravesar la puerta.

—Pero el tigre pasará también...

—Lo intentará solamente.

Kettoe decidió no seguir adelante con la discusión.

—De acuerdo, nos vamos. Pero también tenemos ciertos derechos, coronel.

— ¿Sí?

—No correremos hasta llegar a la marca de los cincuenta metros. Como comprenderá, no vamos a fatigarnos innecesariamente, concediendo así un segundo de ventaja al tigre forboriano.

—Muy puesto en razón —convino Dallagh con aparente cortesía —. En fin pueden empezar cuando gusten... ¡Y buena suerte!

Kettoe agarró la mano de Thesia y tiró de ella.

—Me parece soñar — murmuró.

—Pues todo es real, Robur.

—Na si lo digo porque nunca creí que estas cosas pudieran ocurrir en pleno siglo XXV; en un mundo enormemente civilizado, en el que, sin embargo, algunos parecen haber retrocedido al salvajismo de las épocas prehistóricas.

—Alguna vez has oído hablar de sadismo ¿verdad? Si nunca antes tropezaste con un sádico, a partir de ahora ya no podrás decir lo misma —Si un da consigo volver, le retorceré el pescuezo...

—No tengas prisa, Robur, todo se andará.

Kettoe se volvió para mirarla Ella sonreía de un modo especial.

—Espera un poco —añadió Thesia—. Quizá nos escucha y no me

gustaría que se enterase de ciertas cosas.

Kettoe se sentía terriblemente intrigado, pero decidió seguir las indicaciones de la muchacha. Cuando llegaron a la piedra blanca, se detuvo un instante y realizó una profunda inspiración.

—Ya distingo la puerta —dijo.

A cincuenta metros, se veía un ligero movimiento en la atmósfera, como si en aquel lugar surgiera una fuente de aire cálido. De pronto, oyeron la voz de Dallagh: — ¿Preparados? Contaré hasta tres y luego...

— ¡A correr, Thesia! —gritó él.

Los dos jóvenes se lanzaron a la carrera hacia adelante. Casi en el acto oyeron unos distantes rugidos.

Kettoe no volvió la cabeza. Los rugidos de la fiera se dan cada vez más cercanos.

De repente, Thesia lanzó un grito agudísima Tropezó y cayó cuan larga era.

Kettoe se detuvo en el acto. El tigre estaba cada vez más cerca. Era una mancha borrosa que se acercaba con fulgurante rapidez.

Ya no tendría tiempo de alzar en brazos a Thesia y llegar a la puerta. La fiera les alcanzaría inexorablemente...

En aquel momento, divisó un grueso pedrusco junto a la muchacha. Era más grande que su cabeza y no vaciló en intentar una acción desesperada.

El felino estaba ya a veinte pasos. Kettoe aganó la piedra y la despidió hacia adelante con todas sus fuerzas.

La fiera ya no poda esquivar el improvisado proyectil, que pesaba más de cuarenta kilos. Recibió el impacto en pleno pecho y rodó por el suelo agitando sus garras con terrible videncia.

El animal había sido sorprendido por una reacción totalmente inesperada y aunque movía sus patas con velocidad imposible de seguir con la vista, había perdido la ventaja adquirida. Kettoe levantó a la muchacha y, tirando de ella, saltó hacia adelante.

Fue una acción muy rápida y apenas si tuvo tiempo de notar un ligero cosquilleo en el cuerpo al atravesar la puerta. Apenas hada pasado al otro lado, ganando escasamente cuatro o cinco metros, se produjo un cegador relámpago, seguido de un chasquido, muy seco, pero de gran potencia sonora.

Thesia, aturdida, se dejó caer al suelo nuevamente. Kettoe se volvió para mirar hacia la puerta que acababan de cruzar, pero no vio nada de extraño.

Lo único que podía apreciar era un paisaje muy distinto del que acababan de abandonar.

—Decididamente, no estamos en la Tierra —murmuró.

*

Al cabo de unos momentos, Thesia se sentó en el suelo y le miró sonriendo.

—Parece que nos hemos salvado de una buena —dijo.

—Tenemos el pellejo intacto y eso vale mucho —contestó él—. Pero no sabemos dónde estamos.

El panorama difería sustancialmente del que conocían, aunque no se pudiera decir exactamente que fuese exótico. Estaban en una vasta llanura, con claros alternados de zonas áridas y lugares cubiertos de verdor. A unos veinte kilómetros, una elevada cordillera cerraba el horizonte. De uno de los picos más altos, surgía una espesa humareda.

—Un volcán —exclamó Thesia

El suelo trepidó ligeramente.

—Actividad telúrica —dijo él.

La temperatura era muy elevada, aunque no insoportable. Kettoe exploraba el paisaje girando sobre sí mismo y, de pronto, tendió el brazo, a la vez que lanzaba una exclamación: — ¡Thesia, el mar!

Ella se puso en pie. A unos mil metros de distancia, se veía una enorme extensión líquida, que empezaba en una costa baja y sin apenas accidentes. Los árboles eran más bien escasos y, salvo los vegetales, no había otros signos de vida en el lugar.

—Pero no nos importa —dijo la joven.

—No nos importa, ¿qué? —se extrañó Kettoe.

—El mar, los ríos, el calor, las plantas... Tampoco nos importa el volcán o los terremotos que provoca su actividad... En resumen, no nos importa nada de lo que suceda en este planeta.

Kettoe arqueó las cejas.

— ¿Tendrás la bondad de explicarte? —rogó cortésmente.

Thesia sonreía de un modo especial.

—Conozco el procedimiento para utilizar la puerta de nuevo en sentido contraria O sea, que podemos volver a la Tierra cuando queramos.

—Tenía entendido que las puertas, al menos por ahora, sólo se pueden utilizar en una dirección.

—Has dicho bien: «por ahora». Si ese miserable de Dallagh quisiera utilizar una de esas puertas, no podría volver a la Tierra.

—Y tú, sí, a lo que parece.

—Sí, Robur.

—Bien, no quisiera pecar de obstinado, pero acabo de pedirte que te explicaras. No conozco este planeta y, aunque es posible que hayamos llegado a una zona despoblada, también puede suceder que esté habitado. Hemos salvado la vida también, lo que no es poco, pero lo que no me gustaría en absoluto desempeñar el papel de Robinson

del espacio.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Thesia—. Y, para tu tranquilidad, te diré que el propio profesor Mwague me enseñó el procedimiento para utilizar las puertas en sentido contrario.

— ¿Has estado con él? —se asombró el joven.

—Nos separamos por la mañana, para reunimos a la noche y asaltar el cuarto secreto de control de Dallagh. Durante ese tiempo, yo conseguí descubrir el escondite del profesor y hablar con él durante casi cuatro horas.

— ¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó Kettoe con acento de reproche.

—No estábamos solos. Recuerda: Ulla Ritter desapareció muy oportunamente. ¿Qué habría sucedido si ella supiese que yo había estado con Mwague?

—Eres una chica lista —sonrió él—. De modo que conoces el procedimiento para utilizar la puerta en sentido contrario.

—Sí, y el propio Mwague me facilitó los materiales necesarios. Nos es gran cosa: cinco o seis metros de cable, un par de pilas de voltio y medio y una navajita.

—Nada del otro mundo, en efecto —rió Kettoe—. Apostaría algo a que tienes todo eso encima, ¿eh?

Thesia se dio una palmada en la cintura.

—Aquí está —respondió—. Lo llevaba desde el primer momento y, por fortuna, a los esbirros de Dallagh no se les ocurrió registrarme ¿Qué, ponemos mano a la obra, Robur?

—Haré todo lo que tú me indiques —prometió Kettoe.

CAPITULO VII

—Lo primero que debemos hacer es buscar un palo recto y largo, como de un metro —dijo la muchacha—. En circunstancias normales, podríamos utilizar un tubo de plástico, ya que es material aislante, pero el palo puede servir lo misma —Yo lo buscaré, no te preocupes.

Kettoe echó a anclar, mientras ella extraía los materiales de debajo de sus ropas. Una vez más, el suelo tembló ligeramente, a la vez que se percibía un sordo fragor.

AI cabo de unos momentos, Kettoe encontró una rama que medía algo más del metro de largo, por tres centímetros de grueso. Regresó junto a la muchacha y se lo enseñó.

Thesia asintió.

—Ahora hemos de enrollar el cable, formando espiras que estén separadas entre sí por unos dos o tres milímetros. Sujeta el palo, por favor.

Arrodillados en el suelo dieron comienzo a la tarea. Thesia dejó unos seis o siete centímetros de cable libre a cada extremo, con objeto, según explicó, de conectarlos a las dos diminutas baterías que también había llevado consigo.

— ¿Cómo funciona esto? —quiso saber Kettoe.

—Cuando se conecta a las pilas el cable, se crea un campo de inducción que actúa sobre la fase negativa de la puerta, es decir, el sector por el cual no se puede utilizar.

—El camino de vuelta.

—Exactamente. Es mucho más largo de explicar y ni siquiera Mwague me lo dijo completamente, pero sí aseguró que el campo de inducción funcionada. Había hecho varias pruebas y todas dieron resultados plenamente satisfactorios.

Kettoe entornó los ojos.

—Mwague ha sido secuestrado por orden del gobierno. ¿Cómo es posible que pueda seguir trabajando? —preguntó.

—Lo tienen retirado de la vida pública, pero no le impiden que siga experimentando. Lo único que quieren es que no divulgue algunos de los secretos que conoce.

—Para aprovecharse ellos en beneficio propio, ¿eh?

—No sé si llegarán a conseguirlo. Pude darme cuenta de que Mwague es muy tenaz y obstinado. Aparentó ceder, pero sólo por conveniencias personales.

—Eso parece como si se guardase una carta en la manga.

—Sí, algo por el estilo, aunque no quiso ser muy explícito al respecto. Ciertamente, y como ya sabemos, está secuestrado, pero en

su encierro goza de plena libertad para trabajar en lo que más le agrade. Y, naturalmente, le suministran cuantos materiales necesita para sus investigaciones.

—Thesia, ¿cómo llegaste a saber tanto? —se asombró Kettoe.

Ella se echó a reír.

—El suministrador de materiales es de*los nuestros. Interrogó hábilmente al mensajero que le hada los pedidos en nombre del profesor, aunque no lo citaba, claro, y así llegó a ciertas conclusiones.

—Y tú encontraste el escondite... Si está vigilado, como me imagino, ¿qué truco empleaste para llegar hasta Mwague?

—Me disfracé. Una bata blanca, un maletín... «La doctora Sun-Kee, enviada por el gobierno, para tomar muestras orgánicas del profesor...» Al jefe de la vigilancia le dije que Mwague se encontraba muy mal, aunque pareciese disfrutar de una excelente salud... Tenía que hacer los análisis allí misma a fin de evitar se divulgase la noticia... Y cuando terminé, le dije que Mwague no duraría dos meses.

—Eres lista — repitió él.

—Tengo algo de ingenio —admitió Thesia modestamente—, Bueno, el artilugio ya está. ¿Lo probamos?

— ¿Qué es lo que se debe hacer? —preguntó Kettoe.

—Tú y yo sostendremos el palo por los dos extremos, a unos veinticinco o treinta centímetros del suelo. Las pilas, como ves, cuelgan, para que no tengan contacto con la tierra.

—Sí, desde luego, ¿qué más?

—Entonces, acercaremos lentamente el palo al lugar donde suponemos está la puerta. El cable irá enrojeciendo lentamente, hasta que tome un color de rubí. La puerta ya estará localizada y uno de nosotros podrá pasar al otro lado. El otro quedará sosteniendo el palo. Después, el primero relevará at segundo, desde el otro lado, simplemente, alargando el brazo.

— ¿Y eso es todo?

—Nada más. Por supuesto, cuando sea necesario los mecanismos serán mucho más precisos y tendrán otro diseño, pero, en resumen, el funcionamiento básico será el mismo ¿Estás listo, Robur?

—Cuando quieras.

Arrodillados en el suelo fueron moviendo el palo hasta que, de pronto, vieron que el alambre enrollado empezaba a tomar un color rojo oscuro. Thesia lanzó una exclamación de júbilo: — ¡Ya la tenemos! Robur, un poco más, un poco más... Despacio, sin prisas...

El color rojo del alambre se hizo más claro. Delante de ellos se formó un rectángulo de color grisáceo, que parecía un cristal situado a la entrada de un cuarto lleno de vapor.

—Bueno, ahí está la puerta...

Thesia no pudo seguir hablando. Repentinamente, se oyó una

espantosa detonación.

*

Kettoe volvió la cabeza instintivamente. El volcán en actividad habla entrado en erupción y despedía colosales chorros de llamas a lo alto, a la vez que vomitaba gigantescas nubes de humo negro y pestilente. Piedras de enorme tamaño volaban a lo alto, mientras que los ríos de lava fundida descendían por las laderas, arrasando cuanto encontraban a su paso.

El suelo tembló con videncia La superficie se agitó como un océano tempestuoso, alzándose y descendiendo con inimaginable violencia. Cogidos por sorpresa. Kettoe y Thesia rodaron por el suelo.

El aparato se desprendió de sus manos y cayó hacia adelante. Hubo un terrible chispazo y saltaron nubecillas de humo. El cable enrojecido chisporroteó al caer sobre la hierba.

Thesia chillaba, enloquecida de pánico. Kettoe se arrastró hacia ella y la abrazó, tratando de protegerla de aquel espantoso terremoto que amenazaba con volar el planeta en millones de fragmentos.

Las sacudidas duraron un minuto largo. Kettoe se dijo que, si había zonas pobladas en aquel mundo, se debían de haber producido terribles catástrofes. Los muertos serían innumerables y...

El suelo pareció calmarse momentáneamente. Kettoe se incorporó un poco.

—Todavía podemos escapar —dijo.

El palo había quedado a un par de pasos de distancia. Soltando a la muchacha, trató de recobrarlo.

En el mismo instante, la tierra volvió a temblar con enorme violencia El suelo se inclinó y el palo rodó hacia abajo.

Kettoe gritó de rabia Apenas una fracción de segundo más tarde, se produjo un cegador relámpago y se oyó un aterrador chasquido. La zona de color grisáceo desapareció y el panorama del otro lado recobró su aspecto normal.

Kettoe quedó de rodillas, con la boca abierta, como si no creyera en lo que acababa de suceder. Se negaba a admitir lo ocurrido, pero la razón le decía que el intento de regresar a la Tierra por aquella vía había fracasado por completo.

—Thesia...

Ella estaba aún sobre sus talones, con las manos apoyadas en el suelo.

—Robur, creo que la puerta está destruida —dijo lastimeramente.

Los ruidos de la erupción volcánica no cesaban. Kettoe apreció bien pronto la gravísima situación en que se encontraban.

Un mundo hostil, deshabitado, sin apenas recursos...

— ¿Cómo sobreviviremos?

Desesperado, hizo una intentona y pasó por el lugar donde se había producido el chispazo. Pero no advirtió nada de particular.

—Todo sigue lo mismo. Ya no hay puerta —dijo, terrible mente apesadumbrado.

Bruscamente, Thesia lanzó un grito:

— ¡Robur, mira!

La temperatura se había elevado considerablemente y la atmósfera se oscurecía, a la vez que los olores fétidos propios de la erupción se expandían por el ambiente. La influencia del gas sulfuroso era claramente perceptible.

—Hemos de alejarnos de aquí, Thesia —dijo él—. Podemos morir asfixiados o... cocidos vivos.

Un gigantesco rio de lava, de más de cien metros de anchura, brotaba del cráter del volcán y, descendiendo con increíble rapidez por sus laderas, se encaminaba hacia el océano, a favor de la pendiente del terreno. Tardaría en llegar, ya que la distancia del volcán al mar no era pequeña, precisamente, pero ellos estaban situados justamente en su trayectoria.

Decidido, agarró la mano de la muchacha.

—Thesia, de momento, estamos vivos y eso es lo que más importa. La puerta ha quedado destruida, pero, con un poco de inteligencia y un mucho de paciencia, podremos sobrevivir.

Ella le miró fijamente.

—Es posible que seamos los únicos habitantes de este planeta, Robur —contestó.

—Bueno, en tal caso, seremos los fundadores de una nueva raza.

—Pero no hay prisa, ¿verdad? —dijo ella de buen humor.

— ¿Quién piensa ahora en nuestros descendientes? Lo primero de todo es salvar el pellejo y, si nos quedamos aquí, las posibilidades, son mínimas. ¿Vamos?

Con las manos juntas, echaron a correr.

*

Al atardecer de aquel día, exhaustos, agotados, se detuvieron a descansar. Kettoe calculó que había recorrido más de veinte kilómetros.

La humareda del volcán se divisaba muy alejada, aunque sus emanaciones, si bien considerablemente debilitadas, continuaban percibiéndose. Pero la atmósfera era ya casi normal.

Al cabo de un rato, Kettoe se incorporó y caminó hacia un lugar que había llamado su atención hada rato. La vegetación era más abundante y, apartando unos arbustos, vio algo que le hizo sentirse

mucho más aliviado.

Arrodillándose en el suelo tomó con el hueco de la mano un poco de agua del arroyo que corría en aquellos parajes. Era perfectamente potable y estaba fresca.

— ¡Thesia, ven! — llamó.

La joven llegó instantes más tarde. Lo primero que hizo fue sumergir la cara en la corriente para aliviar el calor que sentía. Luego bebió unos cuantos sorbos y, al fin, se sentó sobre sus talones y miró al joven con la sonrisa en los labios.

— ¿Y ahora, Robur?

—Por el momento, tenemos agua, y esto es lo más importante. Luego buscaremos comida. En alguna parte tiene que haber frutos comestibles. Y si no encontramos nada, intentaremos pescar. El mar está a menos de mil metros y he visto unas rocas. Habrá moluscos, con lo que podremos salir de apuros y quitar las telarañas del estómago.

—Tengo que confesarte algo, Robur en estos momentos, no tengo apetito en absoluto.

—Cuando reacciones, te sentirás capaz de comerte un mulo, con herraduras y todo.

— ¿Qué es un mulo? — preguntó ella alegremente.

Kettoe la abrazó de pronto. Arrodillados como estaban, se miraron a los ojos.

—Robur, creo que no es el momento apropiado para iniciar la «producción» de una nueva raza —dijo Thesia.

—Lo cual no deja de ser una lástima, ¿verdad?

—Como parte interesada, me abstengo de dar mi opinión.

—Acabas de darle —contestó él de buen humor—. Bien, dejando el tema de lado, veamos qué se puede hacer. Todavía queda una hora o más de luz y... ¿te parece que nos acerquemos a las rocas para ver si conseguimos cena?

—Claro que sí, aunque me asalta una duda, Robur.

—A ver, habla.

— ¿Cómo encenderemos fuego?

Kettoe se volvió hacia el volcán, invisible por el horizonte, aunque sí se divisaba la nube de humo de la erupción.

—Allí hay fuego, pero... cualquiera se acerca...

— ¿Sabes hacerlo frotando dos palitos?

—No tengo la menor idea, aunque eso no me preocupa por el momento. Ya encontraremos algo, Thesia. Ahora lo que importa verdaderamente es encontrar comida y no lo conseguiremos si seguimos aquí, charlando como tontos.

—Está bien, vamos allá —dijo la muchacha, a la vez que se ponía en pie.

Las manos volvieron a unirse. Calmar la sed les había reanimado considerablemente y se sentían mucho mejor. Kettoe, sin embargo, pensaba en lo difícil que iba a resultar su existencia en el futuro.

—Tendremos que partir de cero —murmuró—. ¿Qué haremos, sin armas, sin herramientas...? Ni siquiera se ven animales a los cuales capturar por medio de trampas...

—Yo creo que este planeta se halla en un estadio semejante al de la Tierra cuando todavía no existían los mamíferos. Un día, algún pez empezara a asomar fuera del agua, luego usará sus aletas para arrastrarse por la tierra y, por evolución, desarrollará patas...

—Y aparecerá el homo sapiens, pero eso ocurrirá dentro de centenares de millones de años. Aunque, si estamos nosotros, la evolución se adelantará considerablemente, ¿no te parece?

Thesia no contestó y él se dio cuenta de que se detenía. Los ojos de la muchacha se dilataron.

—Robur... No me lo puedo creer...

Delante de ellos, a unos cuatro o cinco pasos de distancia, se había hecho visible un rectángulo de dimensiones semejantes a las de una puerta corriente. Bajo su dintel se veía a un hombre que les sonreía amistosamente.

— ¡Profesor Mwague! —gritó Thesia.

—vamos, chicos, es hora de volver a casita —dijo el científico alegremente.

CAPITULO VIII

Sentado ante un plato rebosante de comida, Kettoe contempló a Mwague con admiración.

—Profesor, ¿cómo lo ha conseguido? — preguntó.

—Una puerta debe tener siempre dos direcciones. Yo conseguí la de ida, pero me precipité al anunciar mi descubrimiento.

—Y alguien se aprovechó de ello.

—Exactamente. Cuando quise protestar, me trajeron aquí y me aislaron, sometiéndome a una implacable vigilancia. Por fortuna, no me impidieron continuar mis trabajos, aunque pienso más bien que lo hicieron porque les convenía.

—De lo contraria es posible que ahora no estuviese vivo —apuntó Thesia

—Sí, tal vez —admitió Mwague—. Pero, en fin, están aquí y eso es lo que importa.

—Desesperábamos de volver a la Tierra —confesó Kettoe—. Habíamos empezado a trazar planes para el futuro, convertidos en robinsones... ¿Cómo pudo localizarnos, profesor?

—Bien, una vez descubrí la forma de utilizar la puerta instantánea en el sentido de vuelta, tenía que localizar a las personas a quienes ellos habían enviado a otros mundos, sin posibilidades de regreso. Tengo un detector que me indica cuál es la última puerta utilizada. Supe que esa puerta había sido destruida por un accidente...

—Una erupción volcánica de indescriptible magnitud —explicó Kettoe.

—Sí, ya me lo figuraba que había ocurrido algo fuera de lo normal. Pero empecé a explorar y así pude encontrarles a ustedes y traerles de nuevo a la Tierra.

—Profesor, ¿significa eso que puede localizar a los demás? — preguntó la muchacha.

—Sin ningún género de duda. Y es lo primero que pienso hacer... mañana, por supuesto. Esos planetas, ignoro las causas y tampoco pienso entretenerme en averiguarlas, tienen unos periodos de tiempo idénticos a los de la Tierra. De lo contrario, no podrían hallarse en un ámbito espaciotemporal tan próximo al nuestro, pese a que sean distintos.

—Claro. Ahora es allí de noche y usted necesita la luz del día para encontrar a los desterrados —adivinó Kettoe.

—Así es —confirmó Mwague—. Mañana empezaré la tarea...

—Un momento, profesor. —Thesia alzó su mano—. Usted está secuestrado. Dallagh le puso vigilantes...

—Es cierto, pero, como habrá podido apreciar sin duda, están todos en el exterior. Cuando me trajeron aquí, los tenia por todas partes y entonces amenacé con suicidarme si no los sacaban fuera de la casa. Dije que comprendía sus razones, lo cual era falso, pero tenía que engañarles. Entonces, montaron un cordón a ciento cincuenta metros. Viven y acampan allí, pero no dan un solo paso hacia mí, sin el permiso correspondiente. Y no suelo concederlo fácilmente.

—Alguno de los guardias, sin embargo, puede sentir la curiosidad...

—Dos lo intentaron —contestó Mwague—. Los demás ya no han querido imitarles.

— ¿Qué les pasó?

—Los enviaron por una de las puertas prohibidas a... Bueno, no lo sé, ni me importa, pero si puedo decirles que aquí están ustedes seguros.

—Lo cual significa que no podremos movernos de su casa para nada —dijo Kettoe.

Mwague se reclinó en su silla y le miró fijamente.

— ¿Cuáles son sus proyectos, muchacho?

Kettoe se volvió hacia Thesia.

— ¿Qué le digo? —consultó.

Ella se pasó una mano por la frente.

—Estoy muy cansada —respondió—. Han sido demasiadas emociones en un día: el secuestro, la persecución del tigre forgoriano...

—Ese animal es el que, en realidad, estropeó la puerta —dijo Mwague—. Al intentar perseguirles, se quemó vivo. Tenía una constitución molecular muy distinta, propia de su raza, y no pudo soportar el choque, pero también averió la puerta... y quizá haya sido mejor así, porque dudo mucho de que hubiera podido atravesarla sin peligro, a pesar del productor de campo.

—Bueno, todavía tendremos que estarle agradecidos a Dallagh —dijo el joven irónicamente—. Thesia, pensarás en algo esta noche.

—Suele decirse que la almohada es buena consejera. Le haré una consulta... cuando haya descansado lo suficiente —respondió ella.

Kettoe se volvió hacia Mwague.

—Profesor, me gustaría ayudarle a traer a los desterrados —dijo.

—Gracias, pero tengo para usted otros planes... Mañana se lo explicaré, Robur. Ahora, haga lo mismo que Thesia, descansar.

—Sí, realmente, estamos muy fatigados —admitió el joven.

*

Kettoe durmió como un leño en la cama situada en una de las

habitaciones de huéspedes. Al despertar, se levantó y, después del aseo, se acercó a una de las ventanas.

Los vigilantes estaban allí, a ciento cincuenta metros. Habían constituido una alambrada de varios metros de altura, en forma de rectángula con torretas de vigilancia en los ángulos. Dos hombres permanecían constantemente en la puerta, armados hasta los dientes.

Al otro lado se veían un par de barracones que, evidentemente, servían de alojamiento a los guardias. Nadie podría entrar y salir de allí sin ser visto y detenido en el acto.

Sólo Thesia lo había conseguido, merced a un astuto truco. Pero Dallagh estaría ya informado y no permitiría que otra persona repitiera el ardid Cuando bajó al comedor, Thesia, completamente por sí misma. No puedes imaginarte cómo estaba la cocina...

—Has estado haciendo de ama de casa —adivinó Kettoe sonriendo.

—Alguien tenía que poner orden en esa leonera. El desayuno estará listo dentro de un cuarto de hora.

—Te ayudaré, Thesia. ¿Se te ha ocurrido algo?

Ella hizo un gesto negativo.

—Sinceramente, no sé qué hacer —confesó.

Mwague entró en aquel momento, frotándose las manos,

—Bueno, chicos, hoy mismo empezaré a traer gente a casa..., pero necesito que usted me ayude. Y usted también, Thesia Después del desayuno les dije lo que debe hacer cada uno de los dos.

Treinta minutos más tarde, Mwague les condujo a un enorme cobertizo, situado en la trasera del edificio Kettoe se preguntó cómo era posible conservar la mente incólume en medio de tantos aparatos e instrumentos, ninguno de los cuales se parecía a nada conocido.

—Robur, usted utilizará una puerta instantánea y transportable, que le permitirá llegar a cualquier parte sin dificultad alguna —dijo el profesor—. Y cuando llegue a su objetivo, dejará en el sitio que le indicaré un aparatito cuyo manejo también le enseñaré. Tendrá que repetir la operación una docena de veces, pero, como digo, podrá ir y venir instantáneamente.

— ¿Están muy lejos los objetivos, profesor?

Mwague sonrió sibilinamente.

—Aquí, en nuestro propio planeta —respondió.

El científico mencionó los nombres de unos cuantos lugares. Kettoe y Thesia cambiaron una mirada de asombro.

—Todo eso está muy bien, pero, ¿qué objeto tiene, profesor? “preguntó el joven cuando Mwague hubo terminado de hablar.

—Ya lo explicaré cuando hayas concluido la operación y, de antemano, aviso que no será fácil ni tampoco cuestión de un par de horas. Es posible, incluso, que tarde una semana o dos. Pero lo hará,

¿no es cierto?

— ¿Cuáles son las posibilidades de riesgos?

—Yo diría que prácticamente nulas, pero, claro, no se puede excluir una eventualidad. Lo único que le aconsejo es que no se deje confiar por el éxito de las primeras operaciones. Siga alerta en todo momento, desde el principio al fin y así eliminará errores y contratiempos.

—Muy bien, profesor. ¿Quiere explicarme ahora cómo he de manejar esas puertas instantáneas transportables?

—En realidad, no son puertas. No es un rectángulo de metal o madera con el que tenga que cargar al hombro. Es más bien un cinturón que le permitirá permanecer unos instantes en una dimensión diferente de la normal, para volver a ésta segundos después y en un lugar distinto.

—El objetivo —adivinó Thesia.

—Exactamente —corroboró Mwague—. Bien, ¿empezamos?

*

Era de noche y, prudentemente oculto tras las sombras. Kettoe contempló el edificio donde residía el primer ministro Harrod K'Kort. Era también el primer objetivo y Mwague le había proporcionado un plano detallado de te residencia.

Aunque un atentado político podía decirse estaba excluido en el siglo XXV. K'Kort hada vigilar su residencia por una nutrida fuerza de guardias seleccionados y de confianza. La entrada estaba asimismo muy bien guardada y resultaba evidente que nadie podría entrar en el edificio sin permiso de su dueño.

Kettoe tenía en la mano un aparato que medía las distancias con exactitud de centímetros. Al mismo tiempo, era el control de funcionamiento del aparato que Mwague le había puesto a la cintura.

El artefacto resultaba bastante pesado. Había hecho un par de pruebas con verdadero éxito.

—Pero sólo han sido eso: pruebas — murmuró.

Ahora era el momento de hacerlo funcionar de una manera real. Una vez que el aparato hubiera actuado, se trasladaría instantáneamente a un lugar situado en el interior del edificio y que el profesor le había designado, señalándole asimismo las coordenadas en el plano.

A la espalda llevaba una pequeña mochila, con otro aparato, cuyo objeto no le había explicado Mwague lo suficiente. El profesor se había mostrado reticente sobre el asunto, aunque le había prometido aclararle todo cuando hubiese terminado las operaciones.

Sin saber por qué, deseó tener a Thesia a su lado. La muchacha

había sido encargada de localizar las otras puertas instantáneas y ponerlas en el estado de funcionamiento total, de ida y vuelta, a fin de que los desterrados pudieran regresar al planeta del que habían sido expulsados. Durante un segundo, Kettoe sonrió al pensar en la cara que pondría la señora Baylin al ver regresar a su esposo. Truddo Baylin había sido expulsado del planeta por motivos políticos, pero él sabía que de no haber existido dicha causa, el sujeto habría acabado por abandonar a su mujer.

Pero era un detalle sin importancia en aquellos momentos. Era hora de pasar a la acción. El aparato de control estaba unido al cinturón por un delgado y flexible cable negro y lo levantó a la altura de su rostro, a fin de ver mejor los distintos mandos.

Con el índice de la mano derecha ejecutó una serie de operaciones. Luego pulsó una tecla de color naranja, situada casi en la base del aparato.

—Ahora se abrirá la puerta y…

Todo cuanto le rodeaba desapareció instantáneamente..

CAPITULO IX

Fue un viaje de breve duración, pero creyó que había estado siglos en algún lugar que no podía definir. En aquel cortísimo espacio de tiempo, se sintió inexistente, como si no hubiera nacido, pero también, plenamente consciente, sin perder el conocimiento en ningún momento.

Era un conjunto de sensaciones jamás percibidas antes. Pensó que sufría dolores insoportables, pero estaba anestesiado y no sentía nada. Era algo paradójico, imposible de describir con pensamientos o palabras.

Sintió también unas náuseas horribles, pero todo pasó en menos de cinco segundos. De repente, se encontró en el centro de una vasta habitación muy parecida a la que el coronel Dallagh tenía tras su despacho oficial.

En aquella habitación, sin embargo, el número de televisores era algo inferior. Pero también había una consola de control y Kettoe supuso que el primer ministro K'Kort debía recibir allí informaciones muy reservadas, cuando el ministro de Orden o d coronel Dallagh lo juzgaban interesante.

De todos modos, había ido allí con un fin definido. Descolgándose la mochila de la espalda, se acercó a la consola de control y se arrodilló en el suelo.

Con un destornillador a motor abrió un panel. Estudió un momento el conjunto de cables situado en el interior y luego extrajo una caja que colocó en aquel hueco. Tenía un papel en la mano y empezó a hacer diversas conexiones con algunos de los cables, perfectamente señalados, con lo que el posible error quedaba excluido por completo.

Al terminar, tiró de una bolita situada en uno de los lados y sacó una antena de unos doce centímetros de longitud, que se dividió automáticamente en algo muy parecido a un peine o una espina de pescado.

La operación había sido concluida. Colocó la tapa del panel en su sitio y volvió los instrumentos utilizados a la mochila. Sonrió para sí. K'Kort no sabría nunca lo sucedido, hasta que fuese demasiado tarde, hasta que Mwague pusiera en funcionamiento aquel aparato y...

— ¿Qué diablos pretenderá hacer? — masculló.

Mwague había prometido explicárselo con todo detalle cuando hubiese instalarlo el resto de aparatos, dos de los cuales estaban destinados al ministro de Orden y al coronel Dallagh. El presidente también recibiría el suyo, sin saberla naturalmente.

Ahora ya sólo faltaba regresar. Levantó el control y manejó los mandos en sentido contrario. Luego pulsó el botón naranja.

Retomaron las mismas sensaciones y mientras duraba aquel corto viaje, maldijo los inventos del profesor.

—Había que ver lo bien que vivía yo cuando era un humilde oficial de Policía —dijo entre dientes, al corporeizarse de nuevo.

Entonces oyó una exclamación de asombro:

— ¡Gran Galaxia! ¿De dónde has salido, buen mozo?

Kettoe volvió un poco la cabeza. Entonces, atónito, se dio cuenta de que no estaba al aire libre, como había supuesto, sino en el interior de una lujosa estancia, en la que se hallaba una mujer muy atractiva.

*

Durante unos segundos, Kettoe se sintió como pasmado, sin acertar a reaccionar. Había en la estancia un enorme lecho, pero también tenía un sector dedicado al reposo, como una especie de sala contigua, con una mesa, sillones y un gran diván. Ella era morena, de largos cabellos oscuros, y vestía algo que no se sabía si era un traje de fiesta o un camisón.

Fuese lo que fuese, el vestido era de un tejido muy fino y permitía saber que ella no llevaba otra prenda debajo. En los ojos de la mujer, Kettoe captó un brillo extraño, cuyo origen adivinó al verla con una copa mediada en la mana — ¿De dónde has salido, muchacho? — preguntó ella,

—Perdón, señora. Creo que me equivoqué... Involuntariamente, por supuesto. Jamás pasaría por mi mente la idea de ofender a una dama tan distinguida... y tan hermosa, por supuesto.

—Oye, pues no estaría mal que me «ofendieras» un poco —rió la mujer.

Estaba algo bebida, lo que le producía cierta excitación, pero no inconsciente ni mucho menos, calculó Kettoe. «A medios pelos», pensó.

—Señora, yo... —Carraspeó, no sabiendo qué decir—. Me he equivocado y lo siento muchísimo.

La mujer se puso en pie y se le acercó con la copa en la mano.

— ¿Eres un «regale» de mi marido? — preguntó.

—Señora, no tengo el honor de conocer a su esposo.

— ¿No? ¿Y estás en nuestra residencia? ¿Qué eres, buen mozo?

Se había producido un error en el manejo del control de su cinturón, supuso Kettoe. Y quizá era él mismo el autor del error. «Como cuando uno marca equivocadamente las afras de un videófono y aparece en la pantalla una persona distinta de la que has llamado», se dijo.

Había casi veinte teclas en el aparato de control. Bastaría con marcar una en orden distinto al correcto, para surgir en un sitio no deseado.

—So... soy el electricista... Estaba revisando unos aparatos y...

— ¿A las doce de la noche?

De pronto, ella le puso un brazo en torno al cuello.

—Mi marido me tiene abandonada —susurró con tonos ardientes —. La maldita política, ¿sabes?

De pronto. Kettoe creyó adivinar la identidad de la mujer.

— ¡Usted es la señora K'Kort! —exclamó.

—Has hecho diana —rió ella—. Mi nombre es Scyma. Déjate de tratamientos y toma un trago...

Scyma le pasó la copa y Kettoe bebió maquinalmente. De pronto, notó las manos de la mujer en su cinturón.

—Vamos, quítate este trasto... Tus herramientas me estorban... —jadeó Scyma

El cinturón tenía una hebilla muy simple y Kettoe se encontró sin él antes de que pudiera evitarla Luego, Scyma se bajó el tirante izquierdo de su vestido.

— ¿No te gusta? —dijo, acercándole al rostro el seno perfumado.

Kettoe tragó saliva. Debía complacer a aquella mujer, a fin de evitar complicaciones.

Scyma sonrió, mientras terminaba de quitarse la ropa, para quedar completamente desnuda ante el joven.

—A mi marido ya no le causo ningún efecto —dijo, mientras tiraba de Kettoe hacia el lecho—. Debe de encontrar la política mucho más excitante y satisfactoria que hacer el amor con su esposa... ¡Vamos, no seas remilgado!

Kettoe se dijo que no tenía otro remedio que ceder. Procuraría, sin embargo, terminar de emborrachar a Scyma y luego se largaría de un lugar que ya estaba resultando demasiado comprometedor.

—Espera —dijo—. Necesito un trago... Y tú también...

—Bueno, un poco de vino nunca está de más —rió ella.

De pronto. Je abrazó y estampó en su boca un fuerte beso. Luego le miró sonriendo a la vez que palpaba los músculos de uno de sus brazos.

—Eres un hombre fuerte. Justo lo que estoy necesitando...

Kettoe quería separarse de ella, pero no podía. Tampoco quería arriesgarse a ofenderla, para evitar que llamase a los guardias.

Estaba sudando y maldiciendo su error. « ¿Cómo diablos voy a salir de este maldito embrollo?», pensó desesperadamente.

De súbito, se oyó una voz en la puerta de la estancia:

— ¡Scyma! ¿Qué estás haciendo? —gritó descompuestamente el recién llegado.

— ¡Mi marido! —exclamó la mujer.

—Lo que faltaba — dijo Kettoe entre dientes.

Estaba siendo el protagonista de una obra cómica: la esposa, el amante y el marido burlado. Pero éste era un alto personaje, el primer ministro nada menos.

Kettoe se volvió. K'Kort era un sujeto menudo, de apariencia insignificante, pero con un enorme poder político.

— ¡Capitán Kettoe! —gritó K'Kort.

— ¿Me conoce, señor? —preguntó el joven ingenuamente.

K'Kort echó a correr hacia un sitio de la pared. Kettoe adivinó sus intenciones: iba a llamar a la guardia.

—Eso es algo que no puedo permitir —masculló entre dientes.

Alcanzó a K'Kort cuando ya iba a tocar el timbre, agarrándolo por el cuello. Luego le hizo girar en redondo y le arreó un seco puñetazo en la mandíbula, El primer ministro cayó al suelo como un saco de patatas. Scyma, que se no se había vestido todavía, aplaudió con fuerza.

— ¡Bravo! Cuando se despierte, sacúdele otra vez...

—Cuando se despierte, yo ya no estaré aquí, señora —contestó el joven mientras volvía a ponerse el cinturón apresuradamente.

Scyma corrió hacia él, suplicándole que no se fuera. Kettoe la apartó sin contemplaciones.

—Lo siento, guapa.

Esta vez no se equivocó. Segundos después, respiraba el aire puro del exterior.

Luego, sin prisas, emprendió el regreso a la casa del profesor.

*

La casa estaba a oscuras. En total, la ausencia de Kettoe apenas si había durado un par de horas.

Tenía la seguridad de que alguien debía estar aguardándole.

—Al menos. Thesia debería estar levantada —murmuró.

De súbito, se sintió presa de una extraña aprensión.

Había llegado utilizando el mismo procedimiento que para entrar en la residencia de K'Kort. Pero tendría que ver movimiento en el exterior.

Los guardias habían sido retirados. Ahora, la entrada y la salida de la casa no ofrecían dificultades.

Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué había sucedido allí?

AI cabo de unos momentos de indecisión, avanzó hacia la casa y abrió la puerta.

— ¡Thesia! ¡Profesor! —llamó.

Encendió la luz. El silencio era total. Nadie respondió a sus

llamadas.

Subió a las habitaciones del primer piso y las encontró desiertas. En el suelo del dormitorio de Thesia, vagamente, entrevió un papel, pero tenía la mente ocupada en otras cosas y no prestó demasiada atención al detalle.

Regresó a la planta baja. Luego revisó el resto de las habitaciones. Finalmente, pasó al laboratorio.

Había cierto desorden. Algunos instrumentos estaban tirados en el suelo Kettoe tenía la suficiente experiencia como policía para saber que el dueño de la casa había tenido que abandonarla precipitadamente.

—Y Thesia también —murmuró.

La muchacha no tenía que iniciar su trabajo hasta el día siguiente. Si no estaba allí, era que se había marchado... ¿o se la habían llevado?

De pronto, recordó el papel que había visto en el suelo del dormitorio de Thesia. Su entrenamiento como policía actuó de inmediato.

«Podía ser una pista», se dijo, mientras corría escaleras arriba.

Cuando llegó al dormitorio, se precipitó sobre el papel. Tal como había supuesto, era una pista.

Thesia no daba explicaciones sobre su marcha repentina, pero, fuese lo que fuese, había tenido tiempo de escribir algo:

Estoy en peligro. Te aguardo en Forg...

Eso era todo. Thesia no había podido continuar el mensaje.

—Estoy en Forg... — repitió a media voz.

¿Qué diablos significaba aquella palabra incompleta?

De repente» lo comprendió.

— ¡Forgor! —exclamó.

Thesia no se podía referir al planeta en el que existían cierta especie de tigres terriblemente feroces» sino al lugar en donde habían escapado de uno de aquellos felinos. Pero la puerta estaba inutilizada...

—Tal vez solamente para el regreso, pero sigue útil para el viaje de ida — murmuró.

Si Thesia, dedujo, había tenido que utilizar aquella puerta, era que el peligro resultaba excesivo para su integridad. Ella debía de haber preferido correr el riesgo de pasar a un mundo sacudido por la violencia telúrica antes que quedarse en la Tierra. De dos males» había elegido el menor.

Ahora su deber era buscarla, ayudarla en les peligros en que se hallaba sumida. De Mwague no había el menor rastro ni indicación

alguna sobre su paradero. Pero el profesor no le importaba tanto como Thesia.

—Iré a buscarla —se dijo, a la vez que giraba en redondo.

Dio un paso hacia adelante y se detuvo en seco. En el umbral, Dallagh sonreía irónicamente.

*

Los dos hombres se contemplaron en silencio durante unos instantes. Dallagh continuó manteniendo su actitud burlona, aunque no daba señales de actuar ofensivamente.

—Volvemos a encontramos, capitán —dijo al cabo.

—Y en una situación incómoda para ambos, señor —contestó el joven.

—Yo diría que esa situación es incómoda para usted —replicó Dallagh—. Sobre todo, después de lo ocurrido, ¿no le parece?

—Coronel, ¿de dónde sacó usted el tigre forgoriano?

Dallagh respingó ligeramente.

—No creo que eso importe ahora demasiado...

—Oh, claro que no. no tiene ninguna importancia ¿A cuántos ha perseguido usted hasta las puertas prohibidas, mediante ese mismo procedimiento?

—Capitán, temo que usted no está enterado por completo del verdadero problema que nos planteó el profesor Mwague con su descubrimiento. Sin duda, usted se ha formado muy mala opinión de nosotros, ¿no es cierto?

—Después de lo que me hizo, y no dudo que con la plena aquiescencia del primer ministro K'Kort, ¿quiere que piense bien de usted?

Dallagh emitió un suspiro de aparente resignación.

—Si conociera nuestros verdaderos motivos...

— ¿Por qué no me los explica, coronel?

—No puedo, no tengo autorización para ello. Pero sí puedo decirle que me temo que no conoce bien al profesor Mwague.

—En cambia á le conozco a usted. Y también al primer ministro. Los dos tienen sendos cuartos de control, desde los cuales pueden espiar a cualquier ciudadano, no importa la hora que sea; pueden ver lo que hace, escuchar sus conversaciones... Así se enteraron de mis menores pasos y trataron de impedirme que actuase en forma distinta a la que les convenía. De otro modo ¿cómo habrían podido sorprendernos a la señorita Harl y a mí?

—Eso es cierto, pero... repito, no puedo explicarle... todavía. Sin embargo, estoy en condiciones de hacerle una proposición.

Kettoe se sintió sorprendido al oír aquellas palabras. Era indudable

que Dallagh quería un pacto. ¿Qué iba a ofrecerle? ¿Qué tendría que dar él a cambio?

—Hable, coronel — invitó secamente.

—Olvidaremos lo ocurrido. Todo volverá a ser para usted como antes. No habrá más persecuciones ni contratiempos y usted ocupará su puesto, con un ascenso y, además, le permitiremos elegir el destino que prefiera.

— ¿A cambo de...?

—Olvide lo ocurrido, capitán. Haga como si no hubiera sucedido nada.

—En suma, me propone cerrar los ojos y taponarme los oídos.

—He hablado claro, ¿no?

Kettoe se pellizcó el labio inferior.

—Ha omitido un detalle, coronel.

— ¿Cuál, por favor?

—Thesia Harl.

Dallagh hizo un gesto desdeñoso.

—Olvídela también. No deberá relacionarse más con ella. Eso forma parte del trato, capitán. Y es definitivo —respondió, tajante.

—Entonces, lo siento, señor. No puedo aceptar.

Dallagh sonrió burlonamente.

— ¿Está enamorado de la chica, capitán?

Kettoe observó que la mano de Dallagh se deslizaba sigilosamente hacia la funda de la pistola que pendía de su cinturón. Podía lanzarse una descarga paralizante... o disgregadora, no lo sabía.

Pero tampoco quería correr riesgos innecesarios. Antes de que Dallagh pudiera completar el gesto, cargó contra él con la cabeza gacha.

Dallagh recibió el impacto en el tórax y perdió todo el aire que había en sus pulmones. Cuando pudo recobrarse al fin, el joven había desaparecido.

CAPITULO X

Estaba solo en un lugar absolutamente desierto y miró a su alrededor, como si quisiera convencerse de algo que resultaba evidente.

La puerta instantánea tenía que estar por allí. ¿Por qué había huido Thesia a un lugar tan inhóspito?

El peligro debía de haber resultado demasiado grande. Ella había tomado una decisión desesperada, no cabía duda.

Pero tenía que rescatarla Dallagh le había formulado una pregunta, a la cual no había contestado. Ahora, en el fondo, se convencía de que debía haber dado una respuesta afirmativa.

Pero aun admitiendo la excusa de un grave peligro, la actitud de Thesia le resultaba incomprensible. Ella tenía que conocer el emplazamiento de las demás puertas. ¿Por qué elegir precisamente aquélla, la más peligrosa con toda seguridad?

—En fin, lo sabré cuando la encuentre —se dijo.

Aunque primero tenía que encontrar la puerta. ¿Dónde diablos estaba?

Lentamente, recorrió el lugar hasta que, de pronto, divisó una mancha oscura en el suelo

Se acercó con cuidado. Asombrado, reconoció el cadáver carbonizado del tigre forgoriano.

Recordó el brillante relámpago que se había producido apenas atravesaron la puerta. El felino, ignorante de algo que no podía saber, dada su condición animal, había intentado perseguirles, recobrado de las pedradas recibidas. Algo había fallado, matándole instantáneamente, por medio de una terrible descarga eléctrica.

La puerta estaba allí, ciertamente. Podía ver sus contornos, borrosos, permitiendo ver lo que había al otro lado sin demasiados detalles, como si estuviese hecha de cristal y éste se hubiese llenado de polvo y suciedad. Apartándose a los lados, veía el mismo paisaje, limpio y nítido.

Pero era sólo una ilusión. Al otro lado de aquella puerta, había un mundo terriblemente inhóspito, un planeta situado en una época millones de años anterior a la actual de la Tierra. Era posible, incluso, que sólo hubiera seres vivos en el mar.

Un día se arrastrarían hacia la tierra firme y cambiarían las agallas por branquias de anfibio y éstas por pulmones, pero sería un proceso que duraría cientos de millones de años.

—No puedo aguardar más tiempo —sonrió.

Para evitar posibles contratiempos, se había preparado

adecuadamente. Colgado del hombro izquierdo llevaba un gran rollo de cable conductor, forrado convenientemente aislado. Ignoraba si funcionaría, pero le parecía que podía dar resultado.

—Al menos, me sentiré seguro.

Había piedras por los alrededores y trajo cerca de la puerta la más gruesa que pudo encontrar, mucho mayor que la que le había servido para defenderse del tigre forgoriano. Descolgó el rollo y ató un extremo a la piedra, dando luego lugar un par de tirones para comprobar la solidez de la unión.

De pronto, oyó una tosecilla. Luego una voz humana:

— ¿Piensa llevarse esa piedra arrastrándola?

*

Asombrado. Kettoe se volvió, divisando a un hombre a cuatro o cinco pasos de distancia Era algo mayor que él, de rostro agradable y sonrisa sincera.

— ¿Quién es usted? — preguntó.

El sujeto le miró benevolentemente. Vestía una blusa holgada, de color gris azulado, y pantalones muy ajustados. La blusa, pensó Kettoe, debía de ocultar algo... Un arma, quizá, se dijo, desconfiado, pese a la actitud nada hostil del desconocido.

—Me llamo Ritter, Chald Ritter.

Kettoe respingó.

—Su apellido me suena —dijo.

— ¿De veras? No nos hemos visto nunca antes de ahora —contestó el otro.

—Conozco a una mujer llamada Ulla Ritter —dijo el joven.

—Ah, tiene que ser mi esposa... ¿Es secretaria de un oficial de Policía de alta graduación?

—Sí, la misma Oiga, ella le cree muerto...

Ritter meneó la cabeza.

—Es una historia larga de contar. Por cierto, todavía no sé su nombre, amigo.

—Robur Kettoe, señor Ritter.

—No use tratamientos conmigo, Robur. Llámeme Chald, simplemente. De modo que conoce a mi esposa, ¿eh?

—Sí, aunque ella ya se ha resignado a su viudedad. Pero, sin duda, se alegrará muchísimo al saber que está vivo.

—Ulla es una mujer excelente por todos los conceptos. Pero, ¿puede decirme lo que está haciendo aquí?

—Chald, tengo entendido que cieno grupo de personas, que detestan la competencia en política, lógicamente porque ahora tienen el poder, se deshicieron de usted, enviándole muy lejos de la Tierra, a

un lugar desconocido y precisamente utilizando un sistema de traslación verdaderamente revolucionario. Le supongo enterado de la existencia de unas puertas que alguien dio en llamar prohibidas, porque no podían ser utilizadas por el común de los mortales y que permitían el traslado instantáneo a otros mundos.

—Cierto —admitió Ritter—. A mí se me obligó a traspasar una de esas puertas y he estado exiliado a la fuerza durante tres años.

— ¿Le resultó difícil sobrevivir?

—No demasiado. Era un mundo habitado por gente buena y pacífica, aunque bastante atrasada. Sin embargo, no mostraron curiosidad a mi llegada, tanto por mi presencia como por la forma en que había realizado el viaje. Simplemente, no parecía importarles demasiado el asunto.

—Así que ha vivido con otros seres inteligentes durante todo este tiempo.

—Los recordaré siempre —sonrió Ritter—. Eran gente de excelentes cualidades y... Ha dicho que mi esposa se alegrara de verme.

—Eso imagino —contestó el joven—. Pero, ¿cómo traspasó la puerta en sentido contrario?

—Bueno, un día me cansé de estar en el otro planeta y se me ocurrió intentar la vuelta a la Tierra. Ya lo había hecho en otras ocasiones, pero la puerta no funcionaba para el regreso. Ahora, sí; la localicé, probé y aquí estoy.

— ¿Quiere decir que hay una puerta instantánea a poca distancia de este lugar?

—Pues... a un kilómetro y medio, aproximadamente. Lo que pasa es que le vi a usted desde lejos y se me ocurrió acercarme a preguntarle dónde nos encontramos. Estoy desorientado, ¿sabe?

—Ah, comprendo. Sin duda, desconoce el camino de regreso a la capital.

Ritter emitió una sonrisa de circunstancias.

—Me trajeron de noche — repuso.

—Eso lo aclara todo. —Kettoe tendió el brazo—. La capital está en aquella dirección, pero hay un buen trecho. Por lo menos, media jornada a pie, pero no dispongo de vehículo...

— ¿Qué es ese cinturón tan ancho? —preguntó el sujeto.

Ritter se puso en guardia instantáneamente. ¿Conocía Ritter el funcionamiento de lo que Mwague había llamado puertas instantáneas portátiles?

—Oh, no tiene importancia Sólo son... herramientas...

—A ver, permítame, amigo Robur.

Ritter se le acercó antes de que él pudiera impedírselo y alargó una mano hacia la hebilla del cinturón. Pero, inesperadamente,

disparó su puño derecho.

Kettoe intentó esquivar el golpe, sin conseguirlo del todo. El puño le alcanzó en el hombro derecho y cayó de espaldas al suelo.

Ritter se abalanzó sobre él, con una inimaginable expresión de salvajismo en el rostro. El joven apenas si tuvo tiempo de alzar ambas piernas y, apoyándolas en el vientre de su atacante, dispararlas con todas sus fuerzas. Ritter salió proyectado hacia atrás con increíble violencia Trastabilló, mientras retrocedía con los brazos abiertos. Luego, el talón de uno de sus pies tropezó con algo y cayó de espaldas.

La cabeza de Ritter chocó con algo duro. Se oyó un horrible chasquido de huesos. Ritter se convulsionó un instante, torció la boca, puso los ojos en blanco, dio unas cuantas patadas al aire y luego se quedó quieto.

*

Todavía en el suelo recostado sobre un codo, Kettoe contempló al esposo de Ulla, diciéndose que le resultaba incomprensible la actitud agresiva del sujeto. Al cabo de unos momentos y tras recobrar el ritmo de su respiración, se puso en pie.

Acercándose a Ritter le tomó el pulso. Su corazón latía cada vez más débilmente. En el cerebro, pensó, ya no había actividad alguna.

—Está muerto y yo lo he matado —dijo, terriblemente disgustado.

Pero, ¿qué diablos podía hacer? Ritter le había atacado sin provocación alguna, intentando arrebatarle el cinturón por la fuerza. Simplemente, se había limitado a defenderse y Ritter había tenido la mala suerte de romperse el cráneo al caer de espaldas.

—Y, precisamente, chocando contra la piedra que yo había preparado —mascculló.

El cuerpo de Ritter sufrió todavía una fuerte convulsión. Kettoe, asustado, saltó hacia atrás. Luego vio que el muerto se deslizaba de costado y permanecía inmóvil.

Haba sido un acto reflejo, dedujo. Ya no se podía hacer nada por el hombre, pero no le gustaba que alguien pudiera aparecer inesperadamente y encontrarle junto a un cadáver.

Ritter había hablado de otra puerta, aunque sin fijar exactamente su emplazamiento. Kettoe, en cambia sí sabía dónde había una, justamente la que sospechaba haba sido utilizada por Thesia Tenía que hacer algo. No podía permanecer indefinidamente sumido en amargas meditaciones. Después de unos momentos de indecisión, se dispuso a actuar.

Era preciso completar el plan que había ideado, por lo que se dedicó durante unos minutos a buscar un palo largo y recto, como el

que ya había utilizado con Thesia en una ocasión. Al cabo de un rato, lo encontró y entonces enrolló en él parte del cable, en apretadas espiras, dejando cosa de un par de metros en posición normal, en el extremo que había sido atado a la piedra.

Todavía quedaba una buena parte del rollo que había traído consigo. Al menos, calculó, disponía de cincuenta o sesenta metros. Sería suficiente, deseó.

Luego cargó con el cuerpo inanimado de Ritter.

—Lo siento —murmuró—. No era ésa mi intención, pero no debiste atacarme

Sosteniendo el cadáver por debajo de los sobacos, lo mantuvo en pie, hasta situarlo frente a la puerta. Después, lo empujó hacia adelante.

Ritter cayó de bruces. Su cuerpo desapareció instantáneamente, excepto los pies, que habían quedado en este lado de la puerta. Agachándose, Kettoe lo empujó con ambas manos, hasta perderlo de vista por completo.

Respiró profundamente al terminar tan desagradable tarea. Ahora tenía que hacer algo mucho más trascendente. A Ritter ya no le importaba el lugar al cual había sido trasladado. Pero si él fallaba...

Agarró el rollo de cable con la mano izquierda, manteniéndolo al mismo tiempo con la izquierda. Luego, a un paso de la puerta, tomó impulso y lo lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.

El cable desapareció, arrastrando al mismo tiempo el palo con las espiras. Kettoe, muy aliviado, vio que no se producía ningún extraño fenómeno.

—Ahora me toca a mí — murmuró.

Hizo una honda inspiración, tomó impulso y saltó hacia adelante.

CAPITULO XI

Un extraño hormigueo recorrió todo su cuerpo durante unos breves instantes. En aquel corto espacio de tiempo, permaneció sumido en una gris penumbra, en la que no se apreciaban alteraciones cromáticas de ninguna clase. Pero todo ello duró muy poco y de nuevo volvió a la luz.

La atmósfera olía fuertemente a sulfuroso, pero era respirable. El calor era muy fuerte. Al volver la cabeza, divisó a lo lejos el volcán, todavía humeante.

—Al menos, he vuelto al mismo sitio —dijo.

Miró por todas partes. De Thesia no había el menor rastro. El lugar era lo suficientemente llano como para verla a gran distancia y. casi enojado, se preguntó dónde podía haber ido. ¿Por qué no se había quedado en las inmediaciones de la puerta, aguardando su rescate?

El día había sido muy agitado y pronto tocaría a su fin. Después de reflexionar detenidamente, Kettoe llegó a la conclusión de que le convenía esperar al siguiente en aquel mismo lugar. Pronto llegaría la noche y no quería extraviarse en un mundo absolutamente desconocido.

Lo primero que hizo fue terminar de desenrollar el cable, atando el otro extremo a una segunda piedra. El palo con las espiras había quedado en el umbral de la puerta y comprendió que era pieza clave para el tránsito en los dos sentidos.

El cadáver de Ritter yacía en el mismo sitio. Kettoe lo apartó algunos metros. En todo caso, lo enterraría al día siguiente... o lo arrojaría al cercano mar.

A continuación empezó a buscar madera seca. No había mucha en las inmediaciones, por lo que tuvo que alejarse bastante. Pero, al fin reunió la suficiente para una pequeña hoguera y mantenerla encendida durante toda la noche.

Cuando terminó su tarea, reinaba ya una oscuridad absoluta Sin embargo, había dos puntos en los que se veía luz: el rojo resplandor del volcán, a lo lejos y las llamas de su hoguera. Había llevado algo de comida en una mochila, tomó un bocado, preparó el suelo y se tendió a dormir.

De cuando en cuando, despertaba y arrojaba un par de palos a la hoguera para mantener las llamas vivas. Luego, sin saber cómo se quedó profundamente dormido.

Despertó de repente, sobresaltado, al notar algo parecido a un picotazo en la pierna derecha. Entonces, se dio cuenta de que estaba amaneciendo.

La sensación de dolor se repitió y golpeó el lugar afectado con la mano. Algo chasqueó levemente bajo su palma. Al retirarla, vio una cosa parecida a una hormiga aplastada.

Entonces, atónito, vio que el suelo negreaba de aquellos insectos.

El cadáver de Ritter estaba totalmente cubierto de hormigas, que lo devoraban con voracidad indescriptible. Algunas parecían dirigirse hacia él, pero retrocedían muy pronto, como si se sintieran atemorizadas por su presencia.

Kettoe comprendió que eran insectos necrófagos. Sólo una hormiga, más audaz o engañada por un instinto deficiente, se había atrevido a morderle en la pierna.

Fascinado, contempló la espantosa actividad de las hormigas. En pocos minutos, el cuerpo de Ritter quedó totalmente descarnado bajo sus ropajes. Los huesos que no quedaban cubiertos bajo su indumentaria, blanquearon tétricamente al sol.

Entonces, las hormigas iniciaron la migración en sentido opuesto y Kettoe respiró aliviado. Habían percibido la presa mucho tiempo antes y habían viajado sin duda durante toda la noche, para satisfacer algo a que les obligaba su naturaleza.

Pasada la sensación de peligro, Kettoe se dijo que tenía que hacer algo. No podía permanecer inactivo. Buscó más leña y reavivó la hoguera, procurando que hiciese mucho humo, a fin de que fuese visible a gran distancia.

Esperaría allí veinticuatro horas más. En caso contraria iniciaría la exploración del lugar en semicírculo, procurando no perder la orientación.

— ¿Y si no la encuentro? —se preguntó, súbitamente acongojado.

Desalentado, se sentó en el suelo y permaneció inmóvil durante unos momentos, ajeno por completo a cuanto le rodeaba. ¿Qué haría si no volvía a ver más a Thesia?

En aquellos instantes no le importaban en absoluto lo problemas de Dallagh o el profesor Mwague. Lo único que quería era ver de nuevo a Thesia y no sabía si podría conseguirlo.

Algo le tocó de pronto en un hombro. Maquinalmente, dio un manotazo en aquel lugar, como si apartara una mosca molesta.

El contacto se repitió. Luego oyó una voz a sus espaldas:

—Pareces preocupado, Robur.

*

Kettoe se levantó de un salto. Antes de que Thesia pudiera evitarla se notó abrazada, estrujada, casi aplastada por los fuertes brazos del joven, a la vez que sentía su rostro cubierto de ardientes besos que no la concedían un solo instante de respiro.

Thesia rió satisfecha. Luego le pidió que se moderase un poco.

— ¿Moderarme? —gritó él—. Pero, ¿sabes lo que he pasado?

—Bueno, bueno, ya me lo contarás en otro momento, Lo importante es que nos hayamos encontrado de nuevo, ¿verdad?

Kettoe respiró hondamente.

— ¿Dónde has estado? Tienes que contarme muchas cosas...

En aquel momento, Thesia reparó en el esqueleto cubierto con sus ropas.

— ¿Quién era? — preguntó, estremecida.

—Chald Ritter, el esposo de Ulla. Lo lamento profundamente. Yo lo maté.

Los ojos de la joven expresaron un horror infinito. Luego pareció recobrarse.

—Supongo que tuviste una buena razón para hacerlo —dijo.

—El me atacó primero. No quería matarle, sólo lo rechacé con los pies, pero cayó en mala postura y se rompió el cráneo. Créeme, fue así como sucedió; no se me ocurriría engañarte...

Thesia le acarició la mejilla.

—Sé que dices la verdad —sonrió—. Ritter era uno de los desterrados por K'Kort y Dallagh, ¿no es cierto?

—Sí, pero encontró la manera de utilizar la puerta en el sentido de vuelta, aunque no me explicó cómo lo había conseguido.

—Lo hice yo. Modifiqué algunas puertas, cuyo emplazamiento me había señalado Mwague. Luego dejé de hacerlo, cuando conocí las verdaderas intenciones de los desterrados.

Kettoe miró asombrado a la muchacha.

— ¿Qué estás diciendo? ¿Qué sucede en realidad, Thesia?

Ella meneó la cabeza pesarosamente.

—Robur, sospecho que unos y otros nos han estado engañando de una forma indigna, miserable... Pero ya te contaré todo con más detalle en otro momento. ¿Por qué no emprendemos el regreso?

— ¿Lo crees oportuno?

—Sí, desde luego.

—Entonces, no se hable más. ¡Vamos!

El cable guiaba fácilmente hasta la puerta. Thesia aprobó la idea del joven.

—Aunque, de haber estado conmigo, no habría sido necesario —dijo.

— ¿Por qué?

Ella señaló un aparatito que llevaba en la mano.

—Me lo dio Mwague. Es un detector de puertas, en ambos sentidos —respondió—. Pero las precauciones nunca están de más, Robur.

Kettoe se dio cuenta entonces de que Thesia llevaba a la espalda una pequeña mochila. Pero no se atrevió a preguntarle por su

contenido.

El tránsito por la puerta se realizó sin problemas. En segundos, estuvieron al otro lado.

Entonces, Thesia sacó algo de la mochila y lo dejó al pie de la puerta. Había una especie de llave y dio cuatro vueltas. Luego agarró la mano del joven.

—Vamos, corre.

Kettoe presintió lo que iba a suceder. Cuando habían recorrido unos quinientos metros, ella se detuvo, volviéndose hacia la puerta instantáneamente, que resultaba invisible desde aquel punto.

En el mismo instante, se percibió un violentísimo fogonazo, a la vez que se escuchaba una detonación de volumen ensordecedor. Una gigantesca columna de huma tierra y piedras, subió a las alturas y el suelo trepidó ligeramente.

—Esa puerta ha quedado destruida —dijo Thesia.

— ¿Era preciso hacerlo?

—Sí. Todas las demás puertas han sido también destruidas.

Kettoe meneó la cabeza.

—Thesia, eso no me gusta nada — manifestó.

Ella sonrió dulcemente.

—Muy pronto lo comprenderás —respondió—. Ahora piensas que, porque una cosa haya sido utilizada en perjuicio de un grupo de personas, no debe ser destruida, porque las que se beneficiarán en el futuro serán muchas más, ¿no es cierto?

— ¿Puedo pensar de otra forma? — replicó él.

—Pronto lo sabrás —insistió Thesia—, Sin embargo, para tu tranquilidad, te diré que esas puertas podrán reconstruirse nuevamente y el tránsito se realizara en las dos direcciones y sin problemas de ninguna clase.

—Muy bien, pero, ¿qué ha sido de los desterrados?

—Han regresado todos. No eran muchos, por otra parte; sólo algunos centenares. De todas maneras, insisto; no tardarás mucho en conocer toda la verdad del caso.

—Conforme, tendré paciencia —se resignó Kettoe—. Dime, ¿qué pasó en la casa del profesor? Cuando llegué, la vi abandonada...

Thesia sonrió enigmáticamente.

—Yo tuve que marcharme, porque... ¿Es que no puedes tener un poco de paciencia, Robur?

Kettoe elevó los brazos al cielo.

—No me queda otro remedio —contestó—. Pero quiero decirte una cosa, Thesia.

— ¿Sí?

—Presiento que este asunto se terminará muy pronto. Cuando estemos libres de preocupaciones, te diré una cosa al oído.

—Sí —respondió ella con una alegre carcajada.

— ¿De veras? —se asombró Kettoe.

Thesia le agarró la cara con las dos manos y depositó un fuerte beso en su boca.

—Eres mi hombre y no tendré otro mientras viva —declaró, apasionada.

AI cabo de unos minutos, iniciaron el regreso. Thesia llevaba también un cinturón de traslación instantánea y, en pocos instantes, se encontraron en su apartamento.

*

Thesia fue al baño y salió más tarde, ataviada con otras ropas. Kettoe la siguió a continuación. Cuando estuvo listo, regresó a la sala Ella hablaba con alguien a través de su televisor.

—Sí, señor —decía en aquellos instantes—. Todo está prácticamente a punto; sólo faltan algunos detalles mínimos, que se resolverán a plena satisfacción en muy poco tiempo.

—De acuerdo —contestó el desconocido interlocutor de la muchacha—. Entonces, yo también lo tendré todo preparado para... la ceremonia —Gracias, señor. Créame, no se sentirá defraudado.

—Soy yo quien debe darle las gracias, Thesia Harl.

Ella cortó la comunicación. Kettoe permanecía en el mismo sitio Thesia se dio cuenta de que no estaba sola.

— Hablaba con... un amigo — sonrió:

—Thesia, no me gustan los secretos. Estás ocultándome demasiadas cosas y eso me desagrada profundamente.

—Lo lamento, todavía no tengo autorización para hablar. Tienes que esperar, Robur.

— ¿Quién era ese hombre con el que estabas hablando?

—No puedo mencionar su nombre.

—Parecía persona de relieve.

—Loes.

Kettoe frunció el ceño.

—Empiezo a sospechar que eres algo más de lo que aparentas —dijo.

Thesia se le acercó y puso sus brazos en torno a su cuello.

—Antes de veinticuatro horas, sólo seré... una mujer locamente enamorada —dijo con cálido acento.

La expresión de Kettoe se dulcificó un tanto.

—Deseo que sea cierto — contestó.

—Si no se producen contratiempos, y ciertamente, no se esperan, lo que acabo de decir será una realidad absoluta.

— ¿Contratiempos? ¿Crees que pueden producirse?

—Hay gente interesada en que las cosas marchen a su gusto y no al de la comunidad. Pero todo se solucionara satisfactoriamente antes de que haya concluido el día de mañana.

—Y yo estaré enterado de todo.

—Así será. Además, alguien te agradecerá lo que has hecho > no sólo con palabras.

— ¿Un ascenso?

Thesia le besó suavemente.

— ¿No te sientes capaz de soportar unas pocas horas de espera?

—Yo les diré a los dos dónde deben esperar —sonó de pronto una voz harto conocida de la pareja.

Sin soltarse, todavía unidos. Kettoe y Thesia se volvieron hacia la entrada.

Ella lanzó un grito de terror. Bajo el dintel de la puerta. Dallagh les contemplaba con la sonrisa en los labios.

A Kettoe le pareció la sonrisa de un demonio.

CAPITULO XII

Scháeff estaba tras el coronel, junto con unos cuantos soldados más, todos de gran corpulencia, aunque ninguno pudiera compararse con el gigante. Kettoe comprendió que no tenían escapatoria.

Los guardias estaban armados, pero, además, el número hada imposible toda tentativa de evasión.

—Han surgido contratiempos, en efecto, pero los vamos a solucionar —dijo Dallagh.

Thesia se apretó instintivamente contra el joven.

—Estamos perdidos — murmuró.

Kettoe procuró mantener la serenidad.

—Coronel, ¿qué piensa hacer con nosotros? —preguntó.

—Lo sabrán muy pronto —respondió el interpelado—. Mientras tanto, les daré a elegir entre dos opciones: acompañarnos por su propio pie o...

—O viajar en forma de cadáveres —dijo el joven.

—Es un poco prematuro para hablar de un tema tan tétrico. Por favor, ¿quieren alargar las manos?

Kettoe miró a la muchacha.

—Hagamos lo que dicen, será lo mejor.

Ella asintió. Silenciosamente, sin hacer el menor gesto hostil, Kettoe y Thesia pusieron sus muñecas a las esposas electromagnéticas que les colocaron dos de los guardias.

Luego salieron del apartamento. Minutos después, se hallaban a bordo de un aeromóvil que emprendió el vuelo con rumbo desconocido.

Los prisioneros se hallaban en el departamento posterior, en el que, a fin de evitar que pudieran captar detalles, habían sido colocadas cortinas, que impedían por completo el paso de la luz. Kettoe y Thesia viajaron en tinieblas durante aproximadamente una hora.

El aparato se detuvo al fin. Al salir, se encontraron en un amplio recinto cerrado por una alta tapia, que hada imposible la escapatoria Era una especie de patio, en uno de cuyos lados se veía un tétrico edificio gris, con algunas ventanas en su fachada, todas ellas protegidas por sólidas planchas de metal.

Parte del patio estaba cubierto por un tejadillo de chapa. Una vez fuera del aeromóvil, Dallagh señaló el edificio.

—Cuando se les llame, entrarán ahí y se les indicará su alojamiento. Mientras tanto, permanezcan donde están.

Los soldados les quitaron las esposas y se marcharon. Kettoe y la

muchacha quedaron solos en el patio.

Pero casi no tuvieron tiempo de cambiar un par de frases. Un segundo aeromóvil aterrizó a los pocos minutos y un hombre fue arrojado sin contemplaciones al exterior.

Thesia lanzó un grito de sorpresa al reconocerlo:

— ¡Señor presidente!

Kettoe se quedó estupefacto. El recién llegado era nada menos que Eghor Tiphnovis, presidente del gobierno terrestre.

El hombre sonreía tristemente.

—Ya ves, Thesia; todos nuestros planes se los ha llevado la trampa —dijo.

Kettoe miró sucesivamente, con asombro, a Tiphnovis y a la muchacha.

— ¿Debo suponer que estaban de acuerdo? —preguntó.

Thesia se atusó los cabellos con un rabioso manotazo.

—Así es —confirmó—. Yo soy... era, mejor dicho, agente especial del presidente, bajo cuya única autoridad actuaba, pero, según parece, ellos han sido demasiado listos que nosotros y han conseguido salirse con la suya.

La joven no pudo continuar hablando. Una voz enérgica emitió una seca orden:

— ¡Los tres, adentro! ¡A sus alojamientos!

*

Habían permanecido aislados, en celdas individuales, durante todo el día. Al atardecer les permitieron salir y reunirse en una pequeña sala, en la que se veía una mesa preparada con tres platos, cubiertos y sendos vasos de agua.

—Un servicio espartano —comentó Kettoe.

—La comida no tiene mal aspecto, pero no le hagan ascos, muchachos. A menos que prefieran morir con el estómago vacío.

Kettoe sintió que se le paralizaba la respiración.

—Presidente, ¿usted cree...?

Tiphnovis se acercó a la mesa y probó el contenido de uno de los platos.

—No está mal, aunque estoy acostumbrado a algo mejor. Pero, para ser la última comida, podían haber dispuesto un menú más apetitoso.

Kettoe volvió los ojos hacia la muchacha. Ella los tenía llenos de lágrimas. Entonces, él, se sintió terriblemente pesimista.

—Si vamos a morir, ¿para qué perder el tiempo comiendo? —dijo.

Pero se sentó a la mesa. Tiphnovis y Thesia lo hicieron también. Y, a pesar de todo, un último resto de esperanza, hizo que el joven

vaciase su plato casi por completo.

Al terminar, miró a Thesia y se esforzó por sonreír.

—De modo que todo lo que hacías era por mandato especial del presidente.

—No podía fiarme de casi ninguna de las personas de mi entorno —declaró el aludido—. Sólo había dos en las que pudiera fiar plenamente: mi secretario personal y Thesia, hija de mi hermana Lulla Harl.

—Así que el presidente es tu tío, ¿eh?

—Pero nunca le pedí nada ni me aproveché tampoco del parentesco. El nepotismo no es uno de los vicios de la familia Tiphnovis —exclamó Thesia.

—Sólo entró a mi servida cuando vi que las cosas se degradaban — dijo el presidente—. Pero, por lo visto, o no lo hemos hecho bien o alguien nos traicionó, pese a las precauciones que habíamos tomado.

—Tu despacho estaba controlado, tío —dijo la muchacha—. No había frase que no se grabara ni movimiento que realizases que no fuese visto por tus enemigos. —Se volvió hacia Kettoe—. Es partidario de la liberalización de las puertas y de su uso para el transporte público —añadió.

—Eso lo explica todo —respondió Kettoe—. Parece como si hubiese alguien empeñado en mantener el monopolio de esas puertas, pero con el solo objeto de llenar el bolsillo propio. ¿Me equivoco, presidente?

—Ha acertado, capitán —se oyó de pronto la voz de Dallagh.

Los tres se volvieron al mismo tiempo. Dallagh estaba en el umbral, escoltado por sus fieles sicarios. El coronel sonreía perversamente.

—Este es un edificio muy antiguo, en desuso —continuó Dallagh —. Sigue perteneciendo al gobierno, pero, como he dicho, no se utilizaba desde hada muchos años. Ahora va a tener un objeto bien definido.

—Servirá para ejecutar nuestras sentencias de muerte, con la máxima discreción, ¿no es cierto?

—Es preciso que desaparezcan una serie de personas que nos estocan demasiado —afirmó Dallagh con notorio cinismo—. Lo siento, pero nuestros planes lo exigen así.

—Coronel, la historia, algún día...

Dallagh no permitió que Tiphnovis continuase hablando.

— Presidente, la historia y el futuro dentro de cien años, nos importan un rábano. Es el presente y el futuro inmediato lo que nos interesa, ¿comprende?

— ¿A qué hora es la ejecución, coronel? —preguntó Kettoe.

Dallagh consultó su reloj.

—Estoy aguardando a la persona que desea cerciorarse de que tres de sus más peligrosos adversarios han desaparecido y no puede tardar ya mucho — contestó.

—K'Kort —dijo Thesia

El coronel sonrió.

—Nuestro futuro presidente, señorita.

—Y la marioneta de usted, ¿verdad? —dijo Tiphnovis ácidamente.

—A K'Kort le basta con la pompa, la ostentación, el orgullo de ser el primero de la Tierra... Yo prefiero otras compensaciones...

—El poder en la sombra debe de producir tanto placer como una mujer hermosa y apasionada, supongo —dijo Kettoe.

De pronto, llegó un soldado corriendo. Dijo algo al oído de Dallagh y éste asintió.

—Aguarden unos momentos —se despidió precipitadamente.

La puerta se cerró de nuevo. Los tres prisioneros volvieron a quedarse solos, pero Kettoe sintió curiosidad por ver lo que sucedía y se acercó a una de las ventanas de la sala y que daba precisamente al gran recinto exterior.

*

Varias baterías de potentes focos, instaladas en lo alto del muro y en el edificio, iluminaban el recinto como si fuese de día. Un aeromóvil acababa de aterrizar y uno de sus ocupantes se había apeado y hablaba confidencialmente con Dallagh.

Scháeff y los otros permanecían a prudente distancia. K'Kort y Dallagh charlaron durante unos minutos y luego iniciaron la marcha hacia el edificio.

Inesperadamente, unos rayos de luz blanquísima descendieron de las alturas, partiendo de la oscuridad. Se oyeron unos gritos terribles.

K'Kort intentó escapar, pero un rayo le alcanzó de Heno, convirtiéndole en un humeante monigote, de figura apenas reconocible. Dallagh llegaba ya a la puerta cuando recibió una de aquellas descargas.

El coronel se retorció convulsivamente. Sus movimientos duraron muy poco.

Scháeff y los otros fueron acribillados implacablemente. En menos de treinta segundos, una docena de cuerpos carbonizados quedaron esparcidos en trágicas posturas por el recinto.

El piloto del aeromóvil que había traído a K'Kort salió fuera, con las manos en alto, pero los atacantes no tuvieron compasión de él. Chilló un segundo al ser alcanzado por una descarga y se desplomó al suelo.

Otro aeromóvil aterrizó en el palio y de él desembarcaron un

grupo de hombres, la mayoría armados. El que parecía mandar la fuerza señaló el primer aparato y uno de los recién llegados entró en él y lo hizo despegar, a fin de dejar más espacio en el recinto.

Otro aeromóvil llegó momentos más tarde. Dos personas descendieron de él, además de unos cuantos hombres armados. Kettoe se sintió lleno de asombro al reconocer a Mwague y a Ulla Ritter.

— ¡Ellos! —exclamó, sin poder contenerse—. Pero, entonces...

— ¿No lo comprendes ya, Robur? —dijo Thesia.

Fuera de la sala sonaron pasos precipitados. La puerta se abrió de repente. Varios hombres armados aparecieron en el umbral.

— ¡Salgan! — ordenó uno de ellos.

*

Escoltados por los guardias, los prisioneros llegaron al patio. Ulla miró al joven con la sonrisa en los labios.

— Lo siento, Robur —dijo burlonamente, agarrada a uno de los brazos del profesor.

Mwague pared a muy complacido de hallarse junto a la mujer.

—Ha sido una de mis más leales colaboradores —dijo—. Aunque usted también, capitán, hizo lo que pudo.

—Introduje un aparato de control en el recinto secreto de Dallagh —contestó el joven.

—Ulla le ayudó mucho, ¿verdad? No se podrá quejar de ella, supongo.

—Usted jugó con nosotros, engañándonos constantemente...

—Dos miserables me habían secuestrado, tratando de aprovecharse de algo que yo había inventado y construido. ¿No era lógico que tratase de defenderme?

Mwague se golpeó el pecho con la mano libre, y añadió orgullosamente:

—Yo inventé las puertas instantáneas y yo, solamente yo, soy el que tiene derecho a decir cómo dónde y cuándo han de ser utilizadas, y dictaré la forma de distribuir sus beneficios. Son mías, ¿me oyen?

—Profesor, ¿necesita para conseguir eso que acaba de decir, matar a tanta gente? — preguntó Tiphnovis.

Mwague le miró desdeñosamente.

—Presidente... Perdón, señor Tiphnovis. Le había aplicado un tratamiento inapropiado. Ya no es presidente; ese cargo es mío a partir de este momento.

— ¿Le obedecerán muchos, profesor?

— ¿Por qué cree que K'Kort y Dallagh desterraban a cientos de personas, a través de las puertas prohibidas?

—Eran partidarios suyos, ¿verdad? —adivinó Kettoe.

—Hay uno que no volverá —dijo Ulla.

—Tu marido, claro.

—Lo dejaremos allí...

—Tu marido repesó, pero ha muerto. Me atacó y tuve que defenderme —dijo Kettoe.

Ulla mostró sorpresa en el primer momento, pero luego se encogió de hombros con indiferencia.

—Ahora sí que soy una viuda auténtica — rió.

—La futura presidenta, ¿eh?

—Esto no debiera haber ocurrido —dijo Mwague—. Esa chica se enteró de mis verdaderos planes y consiguió escapar antes de poder detenerla Yo pensé que se pondría de mi lado...

—Estoy del lado de la ley —declaró Thesia orgullosamente.

—La ley seré yo a partir de ahora. El que tenga esas puertas, tendrá el poder... y el poder es siempre la ley —dijo Mwague con voz llena de énfasis.

—Ahora nos matarán. Pero un día, la gente sabrá...

Kettoe no pudo seguir hablando. Mwague se burló de él.

—La razón de Estado es siempre un argumento poderoso para justificar y hasta ennoblecer ciertos actos —dijo—. ¿Quién creerá que era el presidente quien no permitía el uso de las puertas? Nosotros lo haremos, pero de una forma muy restringida...

—Permitida solamente a sus secuaces, los conspiradores que K'Kort y Dallagh habían desterrado.

—Era la lucha entre dos bandos. El más fuerte tenía que ganar. Hemos sido nosotros, simplemente.

—Acabemos de una vez — gruñó Kettoe—. Para contemplar cosas tan repugnantes, más vale estar muerto.

Mwague hizo una burlona inclinación.

—Le complaceremos en el acto, capitán —dijo.

Hizo una seña y los tres prisioneros fueron conducidos junto a uno de los muros. Kettoe agarró fuertemente la mano de la muchacha.

—Viendo a esa pandilla de asesinos, puede que. en efecto, la otra vida sea mejor que ésta —dijo.

Un grupo de soldados, con fusiles, formaron una hilera frente a los prisioneros. Pero no tuvieron tiempo de levantar las armas.

Veloces chispazos rojos, que precedían a secos estallidos, cayeron de lo alto. Un enorme aeromóvil sobrevolaba lentamente el recinto y de su vientre brotaban continuamente aquellas descargas escarlatas, que alcanzaban a los soldados, quienes. Inútilmente, trataban de huir sin poder conseguirlo.

Mwague y Ulla corrieron hacia la casa. Antes de llegar al umbral, fueron atravesados por una serie de descargas, que los destrozaron literalmente El fuego cesó cuando ya no hubo movimiento alguno en

el recinto.

—¡Al fin! —exclamó Kettoe—. Creí que no iban a llegar nunca...

Thesia le miró con asombro.

— ¿Son amigos tuyos? —presintió.

—Algunos oficiales de Policía no estaban muy satisfechos de lo que sucedía y me ayudaron a investigar. Fue una ayuda muy valiosa — respondió él.

—Y. sobre rodo, oportuna —dijo Tiphnovis—. Capitán, tiene que darme los nombres de esos leales, para recompensarles en forma adecuada.

—Señor, ellos se sentirán satisfechos solamente con saber que han cumplido con su deber —declaró Kettoe.

*

—Dos grupos de traidores, luchando contra las leyes, pe ro también entre sí. Querían aprovecharse de algo que es de dominio de la humanidad —dijo el presidente días más tarde, ante la asamblea terrestre en pleno—. Las puertas instantáneas, hasta ahora prohibidas al común de los mortales, y permitidas sólo a unos cuantos desaprensivos, serán abiertas a partir de ahora para todas las gentes de buena voluntad, y servirán, no para eliminar enemigos políticos, sino para desarrollar plenamente el comercio y el transporte instantáneo de personas y mercancías. Un sector importante, el de las astronaves, sufrirá contratiempos, pero eso ha ocurrido siempre con los actos producidos por el progreso. Los beneficios serán mucho mayores a la larga y, por supuesto, la navegación en astronaves por el espacio, nunca desaparecerá, porque siempre será necesaria »Pero el uso de las puertas instantáneas requerirá la vigilancia y control de personas honradas, cosa que no había sucedido hasta ahora. Por tanto, he decidido nombrar un departamento apropiado, con un comisario inspector al frente, quien tendrá plenos poderes para, a su vez, designar al personal que ha de colaborar con él...

De pronto, un ayudante se acercó a Tiphnovis y le dijo algo al oído. El presidente escuchó atentamente y luego sonrió.

—Lamento tener que demorar por algunos días el nombramiento del comisario —dijo—. La persona en quien iba a recaer ese cargo, acaban de informarme, ha salido hace unos minutos en viaje de novios. A su vuelta, haré público el nombramiento. Ahora, señoras y señores asambleístas, continuemos con los demás asuntos...

En un aeromóvil, que volaba merced al piloto automático, Kettoe y Thesia estaban estrechamente abrazados, ajenos al paisaje que se deslizaba velozmente bajo ellos.

—Aún no me has dicho adónde vamos —murmuró ella.

—El aeromóvil tiene combustible para diez vueltas a la Tierra, a quinientos kilómetros por hora, y hay provisiones suficientes para un mes. El viaje duraría treinta y tres días y un tercio, y aquí adentro no falta de nada, así que...

— ¿Vamos a pasamos la luna de miel en el aparato?

— ¿Prefieres utilizar una puerta instantánea?

Thesia se apretó aún más contra su flamante esposo.

—Oh, no. en absoluto.

—Además, siempre podemos detenemos en algún lugar agradable, cuando nos parezca, pero si no quieres desembarcar, a bordo estarás perfectamente.

—No será mala vida, ¿eh?

—Sin esos granujas sobre nosotros, será una vida magnífica —afirmó el joven.

FIN